



FILOSOFÍA EN ACCIÓN

DÍA MUNDIAL
DE LA
FILOSOFÍA

2023

CONFERENCIAS Y FOROS
En conmemoración del Día
Mundial de la Filosofía
proclamado por la UNESCO


NUEVA ACRÓPOLIS
ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL

EDICIÓN ESPECIAL

DÍA MUNDIAL DE LA FILOSOFÍA



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 131 Noviembre 2023

El teatro misterico. Esquilo: la fuerza del pacto y la sangre

Valores filosóficos para los mayores

Aristóteles y sus lecciones de inteligencia emocional

Helike Rock 2023

La filosofía: punto de encuentro entre culturas

La analogía y el retorno a una filosofía natural

Bioética y experimentación con seres humanos

La relación entre el hombre y la naturaleza

Ciencia y filosofía

SUMARIO



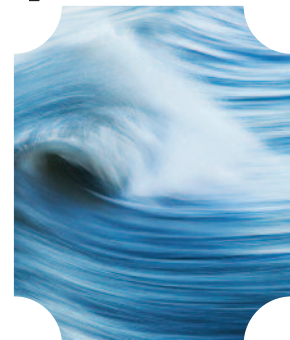
Valores filosóficos para
LOS MAYORES

Aristóteles y la
INTELIGENCIA EMOCIONAL



LA FILOSOFÍA
encuentro entre culturas

44 LA ANALOGÍA
y la filosofía natural

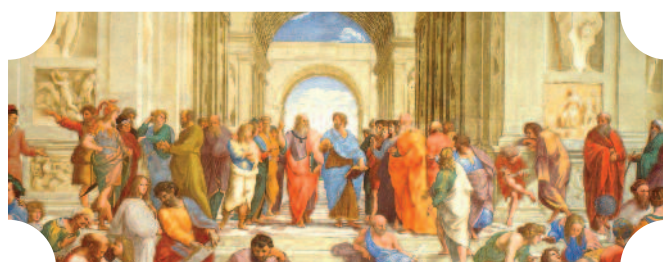


BIDÉTICA

hombre
y
NATURALEZA 56



64 CIENCIA Y FILOSOFÍA



Revista digital n.º 131 Noviembre 2023
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





Filosofía práctica

El enfoque filosófico para encontrar respuestas a nuestras preguntas y también remedios para los males que nos aquejan es una constante en nuestra revista, pues está claro que nuestros colaboradores están comprometidos en demostrar que la vituperada filosofía nos ofrece los mejores aprendizajes para la vida y sus desafíos. No es de extrañar que la UNESCO resolviera en 2005 dedicar un Día Mundial, concretamente el tercer jueves del mes de noviembre, para reivindicar la importancia de una disciplina que nos enseña a pensar, a dialogar, a conocernos a nosotros mismos.

Es de justicia que reconozcamos que en nuestra revista hablamos de filosofía casi cada uno de los números que hacemos circular por Internet. Estamos convencidos de que esa especie de «mirada filosófica» para los diversos temas que tratamos enriquece inmediatamente los argumentos que surgen sobre los problemas y los interrogantes.

El modelo ecléctico, que nos acerca a las diferentes corrientes o escuelas filosóficas de todos los tiempos, es una buena propuesta, pues nos libera de dogmatismos y otros excesos y nos entrena para elegir entre las numerosas opciones que se nos ofrecen, pues, a pesar del empeño en desterrar la filosofía de planes de estudios y demás, los seres humanos siguen descubriendo, uno a uno, que todos somos y podemos ser filósofos, para nuestro bien y el de la humanidad.

El Equipo de Esfinge



EL TEATRO MISTÉRICO

Esquilo: la fuerza del pacto y la sangre

Rosario Olivar

El teatro místico no es solo la cuna de las artes escénicas en el mundo occidental, sino una experiencia profunda, catártica, que sigue cautivando al ser humano que se pone en contacto con él. Las obras clásicas de los autores que han llegado hasta nosotros nos siguen produciendo un sobrecogimiento, un asombro que nos hace intuir que nos encontramos ante un fenómeno de una gran profundidad.

No es totalmente racional este teatro que los griegos nos legaron, pero es una irracionalidad que se asoma por encima, que nos permite arribar a paisajes del alma que, utilizando las meras herramientas de la lógica, nunca podríamos atisbar. Cualquiera que acuda a uno de los teatros romanos en Sagunto o en Mérida a contemplar una obra clásica de Eurípides, de Sófocles o de Esquilo comprende que está ante un fenómeno cultural genial pero fuera de la convención de lo ordinario.

Y es esto extraordinario lo que invade todo nuestro ser, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, abriendo rutas nuevas en nosotros. Los espectadores, o los lectores, ya no podremos ser los de antes porque Dionisos, hijo de Semele, y que por segunda vez nació de Zeus, genera una progenie que también nace dos veces a la vida.

Los orígenes del teatro místico

Se sitúa el florecimiento del teatro griego en el siglo V a. C., procedente de los misterios de Eleusis. Alrededor del s. VI, brillaban esplendorosos los grandes dramaturgos que aún seguimos viendo en escena hoy en día: Esquilo, Sófocles, Eurípides... Pero nos advierte el profesor Livraga, en su obra *El teatro místico*, que «de este mundo apenas nos han llegado pedazos de papiros, trozos carbonizados de bastas telas de lino, vasos cerámicos... testimonios de un mundo sumergido en el tiempo». Así que nos indica que

vamos al encuentro de lugares y tiempos donde estuvimos. Acariciando esa misma idea, terminaba F. Scott Fitzgerald *El gran Gatsby*: «Así seguimos, golpeándonos como barcas contra corriente, devueltos sin cesar al pasado».

En la búsqueda filosófica de quiénes somos, tenemos que remontarnos a los orígenes, al encuentro de nuestra identidad, y es nuestra identidad consciente lo que también encontramos al final del camino.

El profesor Jorge Á. Livraga decía que es un error pensar que el teatro es solo una ficción frente a la realidad. Efectivamente, la gran literatura es un encuentro con la esencia del ser humano sin las limitaciones del espacio y del tiempo. Y es que es eso lo que precisamente llamamos arte, aquella manifestación de la cultura que nos muestra lo que a primera vista no se ve, pero que es el corazón invisible y la explicación de eso que apreciamos y que, en su aparente explicitud, esconde lo que es. Es al ser al que nos asomamos en las grandes manifestaciones del espíritu, y es eso que gusta de ocultarse lo que nos explica la vida.

Pero tiene otra grandeza el arte y es que se convierte en experiencia para nuestra alma. Experiencia que viene de algo purificado y que no exige de nosotros que nos manchemos con el alquitrán de la vida. Como las enseñanzas de los Maestros, los grandes artistas nos regalan los tesoros que han encontrado en su búsqueda, nos proporcionan un mapa para que no nos perdamos, para que sepamos qué pruebas aparecen en el camino y cómo solucionarlas.

En su libro *El teatro místico en Grecia*, el profesor Livraga explicaba que es metafísico el espíritu del teatro, y por eso se denomina teatro místico, ya que procede de los misterios de Eleusis, siendo este una popularización de los mismos. Y si esta popularización de los misterios produce semejantes efectos en el alma del espectador,



nos preguntamos extasiados de qué magnitud debían de ser esos misterios de los que procedían. El eco nos devuelve íntegra nuestra curiosidad sin satisfacerla, ya que apenas conocemos nada de ese mundo sumergido en la niebla.

Se dividía el teatro en tres géneros: la tragedia, el drama y la comedia.

En la tragedia, el destino y los dioses dirigen las acciones de los hombres, quienes ven precipitarse los acontecimientos sobre ellos sin comprender qué ha causado las desgracias que les acosan. Pero, según se desarrolla la trama, comprende el espectador que el infortunio que se cierne sobre los personajes está motivado por una ruptura grave del orden moral. Los hombres están sujetos a una ley, *diké*, y con sus actos, que rompen el equilibrio de la naturaleza, producen un *Hybris*, palabra de difícil traducción que puede ser pecado, exceso... y así se pone en funcionamiento un mecanismo de compensación de la naturaleza, y mediante la ejecución de la justicia se restablece la armonía.

La Oriestíada y el inconsciente colectivo

Un aspecto que se pone de manifiesto en el teatro misterico es que nuestras acciones rebasan nuestra individualidad afectando a las unidades mayores sociales a las que cualquier ser humano pertenece.

El crimen cometido por un ser humano no le afectará solamente a él, sino a los miembros de su familia, a su ciudad, a la naturaleza que le rodea...

Y nos muestra un hilo del tiempo que no conoce las barreras entre el pasado, el presente y el futuro. Cuando atentamos contra la ley de la naturaleza, todo se ve afectado.





Volviendo al ejemplo que hemos citado antes, al cometer un crimen, los antepasados se verán afectados no pudiendo descansar en paz, y en el presente y en el futuro aparecerán dinámicas de comportamiento que se impondrán ante los individuos, que parecerán carecer de libre albedrío. Los desórdenes y los crímenes dejarán secuelas en un mundo invisible que afectará a todos los que se vean sometidos a ellos.

Como vemos, muchos siglos antes de que se hablara en psicología de las constelaciones familiares o de las dinámicas de comportamiento que se heredan dentro de un árbol genealógico, los griegos nos enseñaban que los lazos de sangre, los lazos culturales, hablaban de vínculos entre los seres humanos que nada tienen que ver con la casualidad sino con el origen y el destino del hombre. Nuestros lazos familiares son pactos de sangre, las comunidades mayores a las que pertenecemos nos hablan de troncos comunes de los que se desprenden las ramas, que si miramos descuidadamente puede parecernos que nada tienen que ver entre ellas.

La naturaleza es una y en un juego de espejos infinitos una determinada acción se refleja en todos sus componentes.

Imágenes

Cortinas teatro: Andreas Glöckner en Pixabay

Anfiteatro griego: user32212 en Pixabay

Máscara: Leonid Radashkovsky en Pixabay

Personas y ciudades: Gerd Altmann en Pixabay



Para conmemorar el Día de la Filosofía que nos recomienda la UNESCO, he considerado que vale la pena reflexionar sobre cómo llegar a la ancianidad a través de la filosofía.

Debido al envejecimiento de la población en muchos países, se viene hablando en nuestras sociedades sobre un fenómeno que puede afectar a la convivencia y generar nuevas formas de exclusión. Se ha llamado «edadismo», una palabra que designa una manera de catalogar a las personas por razón de la edad. Aplicada a los mayores, genera un tipo de discriminación basado en un sentimiento que se va incrustando en estas sociedades sin alma y materialistas: arrinconar a los viejos, como algo inservible y molesto, considerarlos inútiles, aislarlos e ignorarlos. Esa actitud produce estragos entre las personas mayores: daña su autoestima, porque se sienten excluidos, con sus secuelas de depresiones, dificultades para conciliar el sueño, sin olvidar sus efectos en su salud física.

Como en otras ocasiones, vale la pena conocer cómo enfocaban este asunto los filósofos clásicos. Propongo un repaso breve pero interesante, y adelanto que también en el mundo antiguo existió el edadismo.

En la literatura de la Grecia arcaica

En la épica y la tragedia arcaicas abundan personajes ancianos que, desprovistos de vitalidad, incapaces ya de actitudes heroicas y abandonados por sus familias, lamentan la juventud perdida y añoran la muerte.

Concretamente, en la *Ilíada* de Homero, los ancianos Néstor y Príamo hacen recomendaciones anticuadas o fuera de uso, son demasiado locuaces al expresarse y, aunque su papel es el de consejeros, son personajes marginales. En la *Odisea*, Laertes, el padre de Ulises, representa el aislamiento social, la soledad y el patetismo de la decadencia vital.

En el teatro, la vejez aparece como algo negativo, y es ridiculizada por Aristófanes en sus comedias. Es la edad de la decrepitud, de las necesidades que el individuo solo no puede solventar, de la proximidad de la muerte.

Para contrarrestar este ambiente sombrío, he aquí un listado de ilustres mayores de la Grecia clásica:

Sófocles escribe su última obra, *Edipo en Colona*, cerca de los noventa años.

Eurípides escribe *Ifigenia en Áulide* y *Las bacantes* a los ochenta años.

El gran retórico, que estudió con Empédocles, Gorgias de Leontinos cumplió ciento ocho años y nunca cejó en su estudio ni en su trabajo. Cuando le preguntaron por qué quería seguir viviendo, él contestó: «No tengo nada que reprochar a la vejez».

Platón terminó su obra más extensa, las *Leyes*, poco antes de su muerte, a los ochenta y un años.

De los generales de Alejandro, tres que constituyeron monarquías vivieron mucho tiempo: Antígono hasta los ochenta u ochenta y uno; Ptolomeo hasta los ochenta y cinco; Seleuco hasta los setenta y cinco.

En Roma, Catón el Viejo estuvo escribiendo sobre las tradiciones romanas antiguas hasta los ochenta y cinco años.

Octavio Augusto, el primer emperador, vivió hasta los setenta y dos, y no fue un único caso.

Con Platón se produce el gran cambio

En los *Diálogos*, a los ancianos se les debe respeto, sumisión, se los consulta y se los escucha. Acceden a la dialéctica (cosa que no recomienda a los jóvenes).



El saber y la experiencia de los mayores los habilita como filósofos y los sitúa en las prácticas políticas. Los ancianos tienen virtudes como sabiduría, ecuanimidad o dignidad y la sociedad puede aprovechar estos valores.

Nos dice Platón, citando a Píndaro, que «aquel que ha pasado la vida justa y piadosamente / lo acompaña, alimentando su corazón una buena esperanza, nodriza de la vejez, la mejor guía para el versátil juicio de los mortales» (Platón, *República*. 331a).

En *Parménides*, la vejez se constituye en principio de autoridad, si bien debe estar unida con el conocimiento. En este diálogo aparece un joven Sócrates escuchando a Parménides, ya anciano.

En *Eutidemo*, Sócrates trata de convencer a otros amigos para que aprendan a tocar la cítara con él y también para que estudien retórica. Y comenta que un aliciente para ello es aprender junto a los jóvenes, que así podrán valorar la sabiduría de los mayores. No obstante, hay que sobreponerse a las burlas que origina la voluntad de aprender de los mayores, lo cual ocurriría en aquel tiempo como un caso de «edadismo». Recuerda una frase de Solón, el gran legislador: «envejeczo aprendiendo continuamente muchas cosas», y añade: «siempre que la enseñanza proceda de personas de bien», incluso si el que enseña es más joven, pues hay muchas cosas que no se saben, aunque se haya vivido mucho.

En *República*, dice Céfalo al comienzo del diálogo: «Y es bueno que sepas que, cuanto más se esfuman para mí los placeres del cuerpo, tanto más crecen los deseos y placeres que hace a la conversación» (Platón, *República*. 238d). Ahí muestra que la edad trae la debilidad física y la ausencia de los placeres del cuerpo, pero aumentan otros deseos, como el de conversar con los amigos. Por otra parte, apunta que la riqueza no es la solución para todos los problemas de la vejez.





Los mayores deben ocuparse de las cosas públicas

Platón, tanto en *República* como en *Leyes*, fija la edad a partir de la cual se requiere la presencia de mayores en cargos ejecutivos del Estado: el supervisor de la educación de los niños deberá tener más de cincuenta años; en el consejo nocturno ingresan, junto con los sacerdotes, los diez guardianes de la ley más ancianos y se establece que los miembros de entre treinta y cuarenta años los acompañarán y serán invitados por ellos. El que vaya a ser observador de ciudades extranjeras tendrá también más de cincuenta años. Este es el límite para ejercer los cargos políticos más relevantes, y las decisiones más importantes deben recaer sobre los magistrados ancianos. Es la edad para adoptar una serie de responsabilidades, por ser la mejor para la captación de la forma del bien y para el ejercicio de la filosofía.

«¿Cómo va a ser capaz un anciano de ocuparse de tantas cosas?» pregunta Clinias. «Muy fácil, amigo», dice el ateniense: «La ley le tiene permitido y le permitirá que para este cuidado se sirva de la ayuda de los ciudadanos, hombres y mujeres más jóvenes que quiera, porque conocerá a quiénes debe recurrir y no querrá equivocarse en ello». Para ir formándose, los jóvenes legislarían sobre temas menores.

Sócrates en su *Apología*, escrita por Platón, señala un objetivo común para jóvenes y ancianos: que antes que el cuidado del cuerpo y de las riquezas, antes que cualquier otro cuidado, está el del alma y el de su perfeccionamiento.

Aristóteles ofrece la crítica en la *Retórica*

Aristóteles se fija en los errores que cometen los ancianos con cierto desdén, lo cual indica los prejuicios que existían en su tiempo hacia los mayores. Veamos:



«Por haber vivido muchos años ya, haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores, y también porque la mayoría de sus cosas carecen de valor, a todo prestan menos empeño de lo que deben. Son también de mal carácter, en el sentido de que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor. Viven para sí mismos más que para lo bello como absoluto, y como les queda poco tiempo de vida, y ha sido mucho lo vivido, atienden más a los recuerdos que a las esperanzas, pues la esperanza reside en el futuro, mientras que el recuerdo se asienta en el pasado».

Aristóteles utiliza una expresión curiosa: dice que los ancianos son de espíritu pequeño, por haber sido ya maltratados por la vida y, por ello, no desean cosas grandes ni extraordinarias, sino lo imprescindible para vivir. Hay otro error de los ancianos: son más egoístas de lo que es debido, lo cual es también, desde luego, una suerte de pequeñez de espíritu. Les importa su conveniencia por encima de cualquier otra meta, más de lo que se debe, en vez de apreciar lo bello. Y esto se debe, según Aristóteles, a que son egoístas, pues la conveniencia es un bien para uno mismo, mientras que lo bello puede llevarnos a lo absoluto.

En el mundo romano

Nos encontramos con una obra dedicada a este tema con el título *De senectute* (sobre la ancianidad), escrito por Cicerón (106-43 a. C). Se lo dedica a Tito Ático, uno de sus amigos, a quien ve preocupado por la llegada de la vejez. Ático era un adepto del epicureísmo. Vamos a extraer algunas de sus reflexiones.

Cicerón marca el valor principal para los mayores: la virtud o excelencia (la griega *areté*), que es propia de todas las edades; también la sensatez, es decir, la sabiduría. Además añade saber comportarse en cada ocasión, pues las armas defensivas de la vejez

son las artes y la práctica de las virtudes a lo largo de la vida. Y añade que la conciencia de haber vivido honradamente y el recuerdo de las numerosas acciones buenas realizadas resulta muy satisfactorio en los últimos momentos de la vida.

Las cuatro causas que agravan la vejez, cada una con su respuesta, según Cicerón

I. La vejez aparta de la gestión de todos los negocios

Pone el ejemplo del timonel de una embarcación, que no hace el trabajo que pueden hacer los jóvenes, pero el suyo requiere experiencia y responsabilidad. Es un trabajo que no se realiza con la fuerza, ni con la velocidad o la agilidad de su cuerpo, sino con el conocimiento, la competencia y la autoridad. De ningún modo la vejez carece de estas cualidades; por el contrario, estas aumentan con los años.

Cicerón apuesta por la actividad de los mayores, el envejecimiento activo como se le denomina hoy en día. Señala concretamente que un quehacer propio de los mayores es la formación de los más jóvenes para desempeñar los cargos públicos. Por otra parte, los maestros de las buenas costumbres, aunque las fuerzas falten y desesperen, no deben creerse desgraciados. Debido a los vicios, esta misma falta de fuerzas se produce con más frecuencia en la juventud que en la vejez, pues los vicios debilitan la salud. Y dice: «La osadía es propia de la juventud, la prudencia de la vejez».

II. Porque la salud se debilita

A cada período de la vida se le ha dado su propia inquietud: la inseguridad a la infancia, la impetuosidad a la juventud, la sensatez y la constancia a la edad media, la madurez a la ancianidad. Estas circunstancias se dan con la mayor naturalidad y se deben aceptar



en las diferentes etapas de la vida. Sin embargo, Cicerón también admite que hay ancianos a los que no se pueden exigir trabajos ni obligaciones, pero eso se debe a su falta de salud, no a su ancianidad. Es cierto que los mayores se enferman, pero suelen compensar los achaques con su diligencia y su sentido de la responsabilidad.

Con el mismo ahínco que se lucha contra la enfermedad, se debe luchar contra la vejez, nos propone: se ha de cuidar la salud, se debe hacer ejercicio moderadamente, se deben tomar alimentos y beber cuanto se necesite para tomar fuerzas, pero no tanto como para quedar fatigados. No son solo remedios para el cuerpo sino también, mucho más, para la mente y el espíritu, que es como una lámpara que debe alimentarse cada día con aceite para que ilumine.

Cicerón se pone de ejemplo y nos cuenta que, en su vejez, sigue estudiando el derecho de los augures y pontífices y la literatura griega con interés. Por cierto, esa decisión le vino cuando supo que Sócrates, ya mayor, había aprendido a tocar la cítara, según hemos visto.

También recomienda, como hacía Pitágoras, el examen de lo realizado durante el día, lo cual ayuda a desarrollar la conciencia y la memoria. Lo llama «ejercicios del ingenio y de la mente» y añade: «También estoy siempre a disposición de los amigos, voy con frecuencia al Senado y, de vez en cuando, apporto propuestas muy meditadas y largo tiempo observadas, no con las fuerzas corporales, sino con las del espíritu». Es decir, que se continúa dedicando a sus trabajos de siempre sin las tensiones del foro.

«Quien vive en medio de estos afanes y trabajos, no sabe en qué momento le puede sorprender la vejez. La vida va transcurriendo sin darse uno cuenta, no se quiebra de repente, la lámpara de la vida se va extinguendo poco a poco, día y noche». Mientras tanto, seguimos trabajando y haciendo cosas útiles.





III. Porque te priva de casi todos los placeres

«Hay que estar inmensamente agradecidos a la vejez, que se encarga de que no gocemos de lo que no nos conviene. Porque el placer impide la reflexión, es enemigo de la razón, de la mente; ofusca, por así decirlo, los ojos del alma, y no tiene ninguna relación con la virtud».

«Tengo que estar agradecido a la vejez, que ha acrecentado en mí el interés por la conversación y ha dejado en segundo puesto el beber y el comer». Y añade que le gusta conversar con los amigos de su edad, pero también con los más jóvenes

Por otra parte, no hay razón para que el anciano se sienta desgraciado: «¡Qué gran cosa es que el espíritu se desprenda de la ambición, de las querellas contra las enemistades, de toda concupiscencia y que, como se dice, viva en paz consigo mismo! Pero, para la ancianidad nada hay más placentero que la vida intelectual si se siente una chispa de aliciente por el estudio y las normas».

Esta es una de las claves: si amamos el estudio y la reflexión tenemos más posibilidad de vivir esta etapa con serenidad.

«La corona de la vejez es la autoridad», sigue diciendo. Pero una buena vejez no se improvisa, porque los frutos de la autoridad los produce la edad vivida honestamente desde el principio. Por el contrario, los ancianos negligentes están angustiados, son iracundos y difíciles; incluso, si hurgamos, algunos hasta son avaros. Pero, cuidado, no confundamos, estos son vicios del carácter, no de la vejez. Todas estas cosas negativas se endulzan con un buen carácter y con el cultivo de la inteligencia.

Y es que «lo mismo que no todo vino se avinagra con el tiempo, tampoco toda naturaleza se avinagra con la vejez».

Una opción que presenta Cicerón para esta etapa de la vida es lo que llama «los placeres de la tierra». Invita a los mayores a que se dediquen a las tareas del campo, pues sus labores son placenteras: ver crecer las mieses de la tierra, cuidar los prados, las viñas y arbustos, y también los huertos, los árboles frutales, conocer los pastos para los animales, la vigilancia y cuidado de las colmenas, por la variedad de toda clase de flores. «Nada puede haber ni más abundante para gozarlo, ni más hermoso para la vista que un campo bien cultivado», nos dice. Y «si tienes un jardín y una biblioteca, tienes todo lo que necesitas para ser feliz». Cicerón era propietario de varias villas, donde solía retirarse, pero es cierto que trabajar de alguna manera la tierra y contemplar la naturaleza hace bien a nuestra alma.

IV. Porque, al parecer, la muerte ya no está lejos

La muerte es común a toda edad, si bien los jóvenes viven como si fueran a durar siempre. Los ancianos ya lo consiguieron, aunque nuestra naturaleza no dura mucho tiempo. El tiempo que se da a cada uno es para vivirlo; por esto mismo se debe estar contento si estamos vivos. Lo importante es que durante el tiempo que esté asignado a cada uno, busquemos la virtud.

Cicerón parte de la base de la inmortalidad del alma, aceptada como buen platónico. Por lo tanto, «la muerte no tiene por qué ser triste, cuando a continuación se espera la inmortalidad», reflexiona. No obstante, es humano sentir en algún momento el miedo a morir, y recurre a la máxima epicúrea de que una vez muerto ya no hay miedo. El sabio casi ajado y caduco, debe aceptar con serenidad su propio final. Y el honor de los varones ilustres no permanecería en nuestra memoria, después de su muerte, si sus espíritus no se hubieran esforzado por aportar algo a la humanidad.

Conclusión

A través de la mirada de los filósofos clásicos sobre la ancianidad, descubrimos un programa sensato y posible para vivir la senectud: centrarse en lo que de verdad importa, acercarse a la sabiduría de todos los tiempos, cultivar la vida interior, ejercitar el cuerpo y el alma. Cultivar la generosidad y la comprensión de los demás, tratar de ser útiles. ¿Es esto exclusivo para las personas mayores?

Hemos aprendido también que el final de la vida no se puede improvisar.

Imágenes

Portal del tiempo: Pete Linforth

Pintura de anciano: Brigitte Werner en Pixabay

Anciana en un campo de trigo: virtosmedia en 123F

Anciano al atardecer: No name 13 en Pixabay

Anciano en suelo quebrado: Myriams-Fotos en Pixabay

Lechuza y tronco: Kevin en Pixabay

Taller artístico: Ana Krach en Pixabay

Anciano sonriente: Jorg Peter en Pixabay

Aristóteles y sus lecciones de INTELIGENCIA EMOCIONAL



Carmen Morales

«Cualquiera puede ponerse furioso... eso es fácil. Pero estar furioso con la persona correcta, en la intensidad correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto y de la forma correcta... eso no es fácil». (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*).

En los últimos años se viene hablando de forma reiterada de que el ser humano necesita expresar sus emociones para sentirse liberado y ser feliz. Hasta ahora, las emociones han sido las grandes desconocidas, esas vocecillas internas que nos afectaban, en mayor o menor intensidad según la persona, y que nos obligaban a reaccionar según su mandato.

¿Por qué desconocidas? Porque no se estudiaban, ni se las conocía; simplemente se las reprimía porque así lo dictaba la educación de la época. Durante siglos, el ser humano ha reprimido sus emociones como si fuesen algo ajeno a él, algo negativo contra lo que combatir y que había que negar. En lugar de aceptar esta faceta de la personalidad humana, nos hemos dedicado a cohibirla, a excluirla de nuestros estudios y, a fuerza de ignorarla, le hemos otorgado un poder inusitado: la voluptuosidad y el descontrol. Pero, en realidad, estas características, que por sus efectos son muy negativas, están muy alejadas de la verdadera naturaleza de las emociones y de aquello para lo que fueron creadas: servir de vehículo de expresión para el alma humana.

A finales del siglo XIX y principios del XX, surgieron en el ámbito de la medicina algunos especialistas que comenzaron a hablar de la necesidad de ver al ser humano como un todo y no como una suma de partes. Y en ese todo están presentes las emociones a las que, por primera vez después de muchos siglos, se les concede una importancia vital para un saludable desarrollo. Hahnemann con su homeopatía y Edward Bach con sus flores de Bach, hablan de la importancia de conocer los motores emocionales que mueven al ser humano; y no solo conocerlos, sino también y sobre todo educarlos, con el fin de que esta natural expresión sea fuente de estabilidad y salud.



Pero no hay que olvidar que estos autores son herederos de una larga tradición de médicos y filósofos que, desde la Antigüedad, nos hablaban ya de las emociones y sus características: Galeno, Paracelso, Platón o Aristóteles entre otros, aunque no fue hasta finales del siglo XX cuando el mundo emocional se hizo famoso gracias a Daniel Goleman y sus teorías sobre el concepto de inteligencia emocional.

El hombre y sus diferentes planos de conciencia

Para hablar de inteligencia emocional primero debemos entender que, en el ser humano, además de un cuerpo y una mente, existen otras realidades o niveles de conciencia que son, precisamente, el ámbito donde se generan y procesan todo tipo de emociones y sentimientos. Dicen las tradiciones esotéricas que el ser humano está compuesto de varios niveles de conciencia, siete para ser más exactos, que están interrelacionados entre sí y que cubren todas las necesidades materiales e inmateriales del hombre en su manifestación. Nos hablan de ello culturas como la egipcia o la hindú, ciencias como la alquimia y movimientos esotéricos como la teosofía.

La filósofa rusa y fundadora de la teosofía, H. P. Blavatsky divide esta constitución septenaria en dos partes, una espiritual o tríada y otra material o cuaternario, también llamado personalidad. La una se correspondería con la parte más elevada del ser humano, su espiritualidad, y la otra, con la parte más densa o material. Es en este cuaternario donde tiene asiento el mundo emocional.

Las emociones como vehículo

El mundo emocional está formado por los vehículos emocional y kama-manas; por lo tanto, hay una parte de emociones y otra mental. Esto es importante porque va a ser

esta parte mental la encargada de controlar, ordenar y armonizar las emociones que, por su naturaleza, tienen tendencia al caos. ¿Por qué sucede esto? La filosofía nos enseña que los planos superiores tienen la capacidad de trabajar sobre los inferiores, debido a su naturaleza más evolucionada.

Las emociones son la puerta de entrada de gran parte de nuestro aprendizaje, ya que son ellas las que nos permiten captar información del exterior; información esta que necesitamos procesar y asimilar para convertirla en enseñanzas para nuestro día a día. De cómo procesemos estos estímulos externos dependerá el éxito o el fracaso de nuestra relación con la sociedad y con nosotros mismos. Es muy importante, basándonos en esta idea, conocer nuestro funcionamiento interno, saber cómo pensamos, cómo sentimos, cuáles son nuestras fortalezas y cuáles nuestras debilidades, porque de este conocimiento dependerá nuestro mejor o peor desarrollo como seres emocionalmente conscientes.

Inteligencia emocional: definición y utilidades

Podemos decir sin equivocarnos que hablar de inteligencia emocional está de moda. En el año 1995, Daniel Goleman editó su libro *Inteligencia emocional* y, de pronto, para la gran mayoría de la gente, el mundo de las emociones y cómo afectan al ser humano tomó sentido e importancia. Pero lo cierto es que los filósofos clásicos hablaban en muchos de sus tratados de la importancia del control del carácter; o lo que es lo mismo, del control de las emociones para un correcto y satisfactorio desarrollo de la personalidad humana.

La frase «Conócete a ti mismo», que presidía el frontón de los templos de la antigua Grecia, es un tratado en sí mismo de inteligencia emocional. Conócete para mejorar,



conócete para trabajar interiormente, conócete para evolucionar. Y es que no puede desarrollarse la inteligencia emocional sin haber un conocimiento previo, básico si se quiere, de cómo somos, pensamos, reaccionamos; de cómo nos afectan las emociones en la toma de decisiones que van a ser cruciales en nuestra vida.

Uno de los grandes problemas a la hora de desarrollarnos emocionalmente es la alienación de nuestra época, en la que hay un culto exagerado a la emotividad. Parece ser necesario vivir sintiéndolo todo y, además, manifestarlo. Quien no «siente» y lo manifiesta es rechazado por la sociedad. Y cuando los estímulos se gastan o ya no producen las reacciones pretendidas, se fabrican otros nuevos para seguir con la maquinaria del sentimiento superficial y esclavizante. Se nos está educando en la emotividad que responde ante el «me gusta» y no ante el «debo». Hacer las cosas por deber se toma como error y lo contrario como liberación, cuando es justo al revés. Del cumplimiento del deber surge, naturalmente, el placer del deber cumplido. Y muchas veces la satisfacción loca e irracional del placer se convierte en una trampa de la que cuesta salir muchos años y muchos esfuerzos.

Aunque la inteligencia emocional que hoy conocemos está enfocada al desarrollo de habilidades emocionales para conseguir éxito económico y social (según nos cuenta Goleman en su libro), la realidad es que la verdadera inteligencia emocional es un profundo conocimiento de la naturaleza humana, de nuestra propia naturaleza. Y este conocimiento traerá fortuna y bienestar al individuo pero como consecuencia de un trabajo interior previo, no como objetivo egoísta para obtener riquezas.

Qué nos enseña Aristóteles sobre inteligencia emocional

El filósofo griego nos alerta de la necesidad de entrenarnos en la formación del carácter de la misma manera que nos formamos para desarrollar una actividad profesional. Dice:





«(...) tocando la cítara se hacen tanto los buenos como los malos citaristas, y de manera análoga los constructores de casas y todo lo demás: pues construyendo bien serán buenos constructores, y construyendo mal, malos. Si no fuera así, no habría necesidad de maestros, sino que todos serían de nacimiento buenos y malos. Y este es el caso también de las virtudes: pues por nuestra actuación en las transacciones con los demás hombres nos hacemos justos o injustos, y nuestra actuación en los peligros acostumbrándonos a tener miedo o coraje nos hace valientes o cobardes; y lo mismo ocurre con los apetitos y la ira: unos se vuelven moderados y mansos, otros licenciosos e iracundos, los unos por haberse comportado así en estas materias, y los otros de otro modo. En una palabra, los modos de ser surgen de las operaciones semejantes. De ahí la necesidad de efectuar cierta clase de actividades, pues los modos de ser siguen las correspondientes diferencias en estas actividades. Así, el adquirir un modo de ser de tal o cual manera desde la juventud tiene no poca importancia, sino muchísima, o mejor, total»¹.

Aristóteles, en este párrafo, no solo nos anima a trabajar sobre la formación del carácter, sino que, además, incita a que este aprendizaje se realice en la juventud, que es cuando la personalidad está en formación y resulta más fácil corregir errores.

Una de las bases del éxito, emocionalmente hablando, es la adquisición de experiencia útil; esto se consigue desarrollando una adecuada atención sobre nuestras vivencias cotidianas y, sobre la base del aprendizaje, extrayendo una conclusión que nos sirva como guía en futuras ocasiones. Sobre este aspecto, Aristóteles nos dice:

¹ Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); págs. 161 y 162.



«(...) debemos examinar lo relativo a las acciones, cómo hay que realizarlas, pues ellas son las principales causas de la formación de los diversos modos de ser»².

La supremacía de las emociones negativas en el hombre es la causa fundamental de la ineficacia de su inteligencia emocional. Quien se deja llevar por sus pasiones, nubla su capacidad para elegir inteligentemente lo que más le conviene, y el resultado de sus acciones traerá, inevitablemente, dolor e infelicidad. Sobre esto ya alertaba Aristóteles cuando dice:

«Porque las pasiones son, ciertamente, las causantes de que los hombres se hagan volubles y cambien en lo relativo a sus juicios, en cuanto que de ellas se siguen pesar y placer. Así son, por ejemplo, la ira, la compasión, el temor y otras más de naturaleza semejante y sus contrarias»³.

Aristóteles insiste en la negatividad de las pasiones, y dice:

«(...) Las facultades y modos de ser están en relación con las pasiones, y estas se distinguen por el dolor y el placer»⁴.

Afirma también el sabio estagirita que «la incontinencia, la blandura y la molicie (...) son pasiones (...). El incontinente sabe que obra mal movido por la pasión»⁵. Además sigue y dice que «el hombre continente (prudente), sabiendo que las pasiones son malas, no las sigue a causa de su razón»⁶. Esto quiere decir que el ser humano prudente

2 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 162.

3 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 310.

4 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 441.

5 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 292.

6 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 293.

tiene control sobre sus emociones y no se deja arrastrar por ellas. Recordemos la afirmación filosófica de que cada cuerpo del cuaternario o personalidad se puede trabajar con su inmediato superior. Y que, según la clasificación de las emociones arriba estudiada, las pasiones tienen más de animal que de humano.

Aristóteles alerta de que hay tres clases de disposiciones morales que hay que evitar, o sea, tres clases de comportamiento que no contribuyen a un buen desarrollo de la inteligencia emocional: «(...) deben evitarse: el vicio, la incontinencia y la brutalidad»⁷.

Veamos dos emociones (negativas) básicas y comunes a todos los seres humanos y qué nos dice el filósofo griego sobre ellas.

Sobre la ira

En el libro II de su *Retórica*, Aristóteles dedica dos capítulos a la ira, a su naturaleza y a cuál es la disposición humana hacia ella. Sobre su definición y causa, dice:

«Admitamos que la ira es un apetito penoso de venganza por causa de un desprecio manifestado contra uno mismo o contra los que nos son próximos, sin que hubiera razón para tal desprecio»⁸.

Aristóteles advierte de los peligros de la ira y de cómo produce otras emociones de efectos muy negativos sobre el hombre:

«(...) que a toda ira siga un cierto placer, nacido de la esperanza de vengarse. Es placentero, en efecto, pensar que se podrán conseguir aquellas cosas que se desean. Mas como nadie aspira a lo que se le muestra imposible, el iracundo desea lo que le parece que se puede hacer. Y por eso del apetito irascible se ha dicho bellamente que, mucho más dulce que la miel rezumante, crece en los corazones de los hombres»⁹.



7 Aristóteles, *Ética nicomaquea, Ética eudemia* (Gredos, Madrid, 1985-1998); pág. 291.

8 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); pág. 312.

9 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); págs. 313, 314.

La naturaleza de las emociones y su influencia sobre nosotros, tiñen positiva o negativamente nuestras acciones. Sobre ello ya nos alerta Aristóteles cuando dice que: «(...) Pues las cosas no son, desde luego, iguales para el que siente amistad que para el que experimenta odio, ni para el que está airado que para el que tiene calma»¹⁰.

Sobre la envidia

La envidia es una de las emociones negativas básicas más extendidas entre la población mundial. Se trata de un posicionamiento contrario al amor y a la compasión. En definitiva, un atentado contra la unidad, no solo como humanidad en sí, sino también contra la unidad del hombre con Dios. Aristóteles la define así:

«(...) La envidia consiste en un cierto pesar relativo a nuestros iguales por su manifiesto éxito en los bienes citados, y no con el fin de (obtener) algún provecho, sino a causa de aquellos mismos»¹¹.

Aristóteles nos advierte de la subjetividad y perturbación que la envidia produce sobre el discernimiento. Es como un prisma opaco que nos impide ver las cosas como son realmente y que nos muestra, por el contrario, la realidad deformada:

«(...) la envidia es ciertamente un pesar turbador y que concierne al éxito, pero no del que no lo merece, sino del que es nuestro igual o semejante»¹².

También llama la atención el filósofo griego sobre la proximidad entre la envidia y la codicia:

«(...) También (son envidiosos) los que poco les falta para tenerlo todo (razón por la cual los que realizan grandes cosas y los afortunados son más envidiosos), ya que piensan que todos quieren arrebatarles lo que es suyo»¹³.

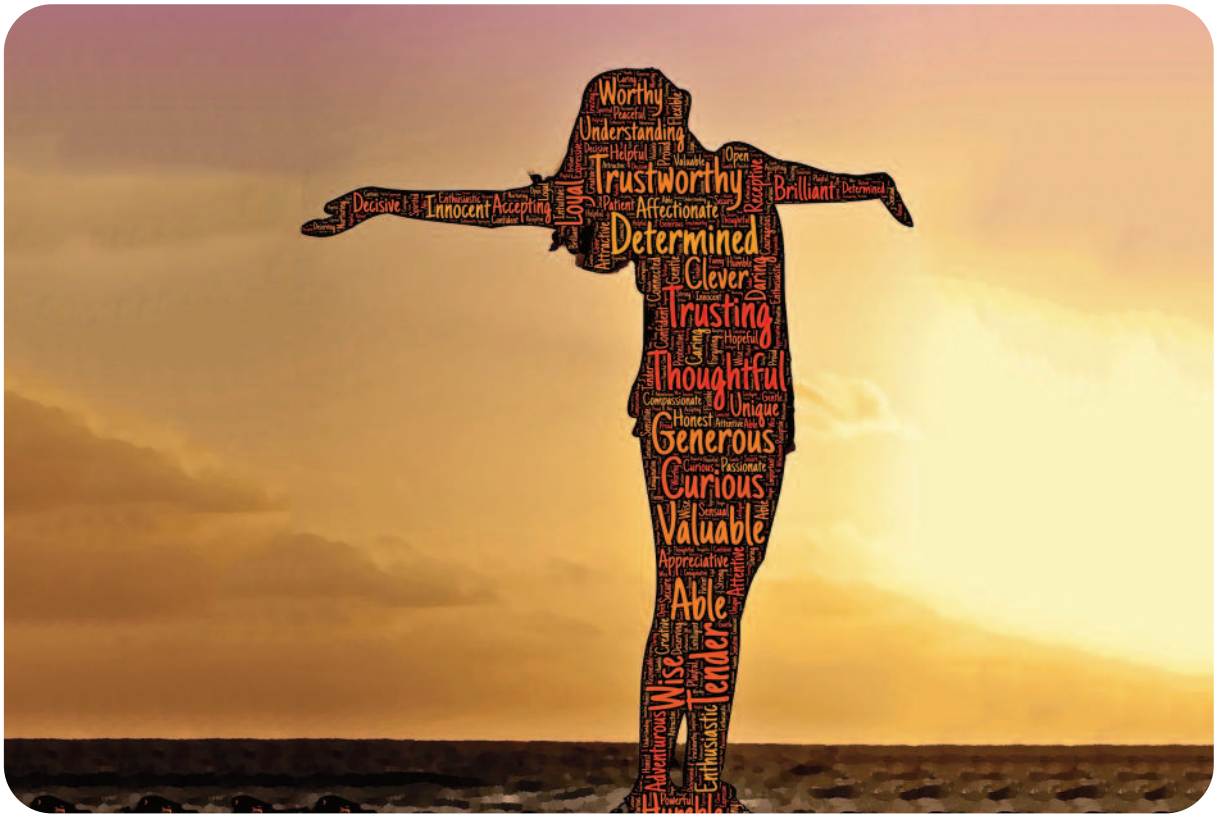


10 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); pág. 309.

11 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); págs. 367-368.

12 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); pág. 362.

13 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); pág. 368.



Conclusión: me conozco, me trabajo = inteligencia emocional

Todos los autores que hablan sobre inteligencia emocional coinciden en afirmar que conocerse a uno mismo, aunque sea básicamente, es un requisito indispensable para desarrollarla satisfactoriamente. Adquirir habilidades emocionales positivas es un trabajo interior arduo, constante y de larga duración.

Uno de los deseos que subyacen en el inconsciente de todo ser humano es la conquista de la felicidad. Aristóteles nos habla de la felicidad en su libro *Ética a Nicómaco* y dice que «la felicidad es una actividad de acuerdo con la virtud».

El correcto manejo de nuestras emociones nos llevará, invariablemente, a un estado de felicidad muy personal e intransferible, pues esta dependerá de nuestro carácter y será diferente para cada persona.

Para terminar y como anexo, adjunto tres apuntes de Aristóteles sobre los caracteres en las diferentes etapas de la vida: juventud, madurez y vejez. Son, en sí mismos, un fantástico tratado de conocimiento del carácter humano y, si aplicados, un excelente punto de partida en el reconocimiento de nuestro propio carácter:

Sobre los jóvenes, la vejez y la edad madura

LOS JÓVENES

(...) Por su talante, pues, los jóvenes son propensos a los deseos pasionales y de la condición de hacer cuanto desean. De entre los deseos que se refieren al cuerpo son,

14 Aristóteles, *Retórica* (Gredos, Madrid, 1999); págs. 377-386.



sobre todo, dóciles a los placeres del amor e incapaces de dominarse ante ellos, pero también son volubles y prontos en hartarse de sus deseos: tanta es la fogosidad con que desean como la rapidez con que se les pasa (pues sus afanes son agudos, más no grandes, igual que la sed y el hambre de los enfermos). Son también apasionados, coléricos y proclives a sucumbir a la ira. Los domina el apetito irascible, pues, en efecto, por causa de la honra, no soportan que se les desprecie, sino que se indignan si piensan que se les trata con injusticia. Asimismo son amantes de honores, pero todavía más de victorias (porque el joven desea ser superior y la victoria constituye una cierta superioridad); y son más estas dos cosas que codiciosos, si bien no son codiciosos porque no tienen experiencia de la privación, como dice la sentencia de Pítaco dedicada a Anfiarao. Tampoco son de mal carácter, sino que son bondadosos a causa de que todavía no han visto muchas maldades; crédulos, en razón de que aún no han padecido engaño muchas veces; y optimistas porque, lo mismo que los borrachos, así también los jóvenes son calientes por naturaleza, además de porque no han sufrido muchas decepciones. La mayoría de las veces viven llenos de esperanza, ya que la esperanza atañe al futuro, mientras que el recuerdo al pasado: ahora bien, los jóvenes tienen mucho futuro y poco pasado; y no es, desde luego, propio del primer día recordar nada, sino esperar todo. Por lo mismo que acaba de decirse, son también fáciles de engañar (puesto que fácilmente se llenan de esperanzas), tienen el ánimo más valeroso (ya que son irascibles y optimistas, de modo que lo uno les hace no tener miedo y lo otro ser confiados, pues nadie teme cuando tiene ira y el esperar un bien es causa de confianza), son también vergonzosos (porque no piensan aún en otra clase de acciones bellas, sino que solo están educados según las convenciones) y son magnánimos (ya que todavía no han sido heridos por la vida, antes bien, carecen de experiencia de las cosas a que ella te fuerza; y (además) la magnanimidad consiste en considerarse uno mismo merecedor de cosas grandes, que es lo propio del optimista).

LA VEJEZ

Tal es, por lo tanto, el talante de los jóvenes. En cambio, los ancianos y los que ya han superado la madurez presentan unos caracteres que proceden, en su mayoría, poco más o menos de los contrarios de aquellos. En efecto: por haber vivido muchos años ya, por haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores, y también porque la mayoría de sus cosas carecen de valor, en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben. Creen, mas nada saben de cierto; cuando discuten, añaden siempre: «posiblemente» y «tal vez», y todo lo afirman así y nada en firme. Son también de mal carácter ya que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor. Pero además son recelosos a causa de su desconfianza, y desconfiados a causa de su experiencia. Y por esta razón ni aman ni odian forzosamente, sino que, de acuerdo con el precepto de Bías, aman como quienes pueden llegar a odiar y odian como quienes pueden llegar a amar. Asimismo son de espíritu pequeño por haber sido ya maltratados por la vida y, por ello, no desean cosas grandes ni extraordinarias, sino lo (imprescindible) para vivir. Son también mezquinos porque la hacienda es una de las cosas necesarias y por experiencia saben que es difícil adquirirla y fácil perderla. Son cobardes y propensos a sentir miedo de todo, por cuanto se hallan en el estado contrario al de los jóvenes: ellos son, en efecto, fríos en vez de calientes, de manera que la vejez prepara el camino a la cobardía, dado que el miedo es una suerte de enfriamiento. Son además amantes de la vida, y sobre todo en sus últimos días, porque el deseo se dirige a lo que falta y aquello de que se carece es lo que principalmente se desea. Y son más egoístas de lo que es debido, lo cual es también, desde luego, una suerte de pequeñez de espíritu. Viven, asimismo, más de lo que se debe, mirando la conveniencia en vez de lo bello a causa de que son egoístas, pues la conveniencia es un bien para uno mismo, mientras que lo bello lo es en absoluto. Y son desvergonzados más que pudorosos, porque, como no tienen lo bello en la misma consideración que lo conveniente, desprecian la opinión



pública. Son pesimistas por causa de su experiencia (ya que la mayoría de las cosas que suceden carecen de valor, puesto que las más de las veces van a peor), así como también por causa de su cobardía. Y viven más para el recuerdo que para la esperanza, pues es poco lo que les queda de vida y, en cambio, mucho lo vivido y, por su parte, la esperanza reside en el futuro, mientras que el recuerdo se asienta en el pasado. Lo cual es también la causa de su charlatanería, pues se pasan la vida hablando de sucesos pasados, porque gozan recordando. Sus cóleras son agudas, pero débiles y, en cuanto a sus deseos pasionales, unos les han abandonado ya y otros se han debilitado, de modo que ni son propensos a sentir deseos pasionales ni a actuar conforme a ellos, sino más bien conforme al interés. Y esta es la razón de que los que tienen tal edad parezcan moderados, porque sus deseos pasionales han remitido y son esclavos del interés. Viven asimismo más de acuerdo con el cálculo racional que con el talante, puesto que el cálculo racional es propio de la conveniencia mientras que el talante lo es de la virtud. Y cometen las injusticias que se refieren a la maldad, no las que corresponden a la desmesura. Por lo demás, los ancianos son también compasivos, pero no por las mismas razones que los jóvenes: estos lo son, en efecto, por filantropía; aquellos, en cambio, por debilidad, porque en todo ven la proximidad de un daño propio, que era (como vimos) lo que inclinaba a la compasión. Por lo cual son quejumbrosos y no tienen buen humor ni gozan con la risa, pues la inclinación a la queja es lo contrario del gusto por la risa.

LA EDAD MADURA

En cuanto a los que se hallan en la madurez, está claro que tendrán un talante intermedio entre los dos anteriores, prescindiendo del exceso propio de uno y otro: sin demasiada confianza (pues ello es temeridad) ni demasiado miedo, sino estando bellamente dispuestos para ambas situaciones; sin ser crédulos en todo ni totalmente incrédulos, sino más bien juzgando según la verdad; sin vivir solo para lo bello ni solo





para lo conveniente, sino para ambas cosas, ni tampoco para la tacañería o para el derroche, sino para lo que es ajustado, e igualmente lo que atañe al apetito irascible o al deseo pasional; y siendo moderados con valentía y valientes con moderación. En los jóvenes y en los ancianos estas características están, en efecto, repartidas, ya que los jóvenes son valientes y licenciosos y los viejos moderados y cobardes. En cambio, hablando en general, cuanto de provecho se distribuye entre la juventud y la vejez, (la edad madura) lo posee reunido; y cuanto aquellas tienen de exceso o de carencia, lo tiene esta en la justa medida. Por lo demás, el cuerpo está en la madurez de los treinta a los treinta y cinco años, y el alma llega a ella alrededor de los cuarenta y nueve. Con lo cual, pues, queda ya tratado cuáles son cada uno de los caracteres que se refieren a la juventud, la vejez y la edad madura. (...).

Imágenes

Angelote: Studio Iris en Pixabay

Lego expresiones: Andrzej Rembowski en Pixabay

Hombre y máscara: Gerd Altmann en Pixabay

Hombre preguntándose: Gerd Altmann en Pixabay

Busto de joven: Antonios Ntoumas en Pixabay

Hombre apoyado en la pared: Schäferle en Pixabay

Gato: cocoparisienne en Pixabay

Periquitos: Andreas Lischka en Pixabay

Mujer positiva: John Hain en Pixabay

Ilustración hombre joven: intographics en Pixabay

Hombre desconfiado: Gerd Altmann en Pixabay

Hombre con barba: Stadnick en Pixabay

Hércules: Nutze die Bilder en Pixabay

HELIKE ROCK 2023



Joan Bara

Elche de la Sierra es la puerta de entrada a la sierra del Segura. Es un lugar ideal para vivir: tiene casi todos los servicios y comodidades que nos puede ofrecer una ciudad, pero sin la masificación de esta. Rodeado de montañas (el monte conocido como Peña San Blas es realmente impresionante) y con un hermoso casco antiguo, es un pueblo acogedor para el visitante. Sus habitantes son gente noble y es muy fácil entablar amistad con ellos. Desde hace algunos años paso parte del verano y algún que otro puente en un lugar cercano a Elche y conocía la existencia del Helike Rock; pero circunstancias familiares y la reciente pandemia me habían impedido acercarme a él.

Por fin, este agosto pude acercarme y contactar con Juan Carlos, uno de los organizadores del festival y presidente de la Asociación Cultural Masquerock. Tuvo la cortesía de concederme una pequeña entrevista.

¿Por qué Helike Rock? ¿De dónde proviene el nombre?

Todo festival o evento necesita un nombre «resumen» o que lo identifique con el lugar donde se celebra. En su día tiramos de chispa y salió Helike, nombre con el que supuestamente se denominaba Elche de la Sierra en la Antigüedad «En Helike, lugar al que muchos historiadores identifican con la actual Elche de la Sierra, murió el general cartaginés Amílcar Barca frente a los iberos en la batalla de los toros de fuego (año 228 a. C.)». La otra parte (Rock) ya es más sugerente.

¿Qué representa para Elche un festival de este tipo?

Tratamos de seguir haciendo historia con algo que tiene base para hacerla y resaltar una identidad quizá un poco oculta, es decir, tenemos ese bicho dentro pero no lo sabíamos. De esta manera conseguimos apaciguar ese bicho y, por supuesto, ofrecemos otra actividad sociocultural más a Elche de la Sierra, una actividad muy accesible, ya que se trata de «precios populares», empezando por el precio de la entrada que nunca ha superado los 0 €.

Cada año representa más, aun siendo un festival bastante modesto sin aspiraciones a grandes estrellas, ya que cambiaría todo el formato. No hay más que ver la cantidad de pequeños colaboradores (pequeños comercios del pueblo) que se comprometen y aportan. En definitiva, estos aspectos junto con otros hacen ver que existe una identidad, que la gente está con ello.

¿No te parece arriesgado continuar apostando por el rock cuando lo que se lleva son otro tipo de «músicas» más comerciales?

Quitarle el riesgo a la vida es lo mismo que quitarles el buen vino a los terrícolas, pero en eso también se pensó hace quince años y por aquí andamos. Y que dure.

La apuesta era elevada, RnR, entrada libre, obtener algún beneficio para que no muera a pocos metros de la salida.... en fin. Los que entienden el rock tienen muy metido en el cuerpo que esto no vende. El espectador es de calimocho y litro de cerveza a 5 €, y que no se te ocurra ponerle butacas en la platea. Puedes traer un primer espada del panorama nacional y lo haces más atractivo o comercial, pero eso implica colocar una entrada que rebase los 0 € que decía antes, ¡pues ya te lo has cargado! Seguimos con lo mismo a pesar del esfuerzo que supone, grupos de perfiles bajos en cuanto a capacidad mediática pero excelentes músicos, hay que saber buscarlos.

Nuestra idea no es hacer algo que atraiga a gente que se deje mucha pasta para un bolsillo concreto. Queremos gente que colabore y participe siendo conscientes de que les ofrecemos una fiesta popular, pero que se sale de los parámetros de una fiesta popular normal. Hay que tener en cuenta que lo organizamos desde Masquerock, asociación sin ánimo de lucro; los beneficios obtenidos los reinvertimos en la siguiente edición.

Bien, es cierto que este estilo también evoluciona y, sabiendo dónde está el origen, no nos queremos quedar atrás; por eso conseguimos contratar algunos grupos que en su espectáculo aporten algo más que guitarra, bajo y batería. Esto no es profanar la idea de los más puristas, es hacer combinaciones de ritmos y evitamos la línea plana.

Háblanos un poco de los grupos participantes de este año.

Dani Rod. Un clásico en Elche ya que ha venido en varias ocasiones con distintas formaciones e ideas nuevas. Nunca defrauda.





Violet. Una formación con un estilo más cercano a lo clásico, eso que tanto echan de menos los más maduros. ¡Pero vaya ruido hacen!

Barracuda. Unos chavales con corbata. Pues agárrate cuando los oigas porque te bajan al infierno. ¡Vaya pegada! *Heavy-metal* de los 80 pero traído a este tiempo.

Mez K. Música *Ska* que combina perfectamente lo eléctrico y el viento.

Desenkanto.

Greskand. También *Ska*. Con la particularidad de mezclar dos vocalistas, femenino y masculino.

Siempre Locos. Grupo tributo a La Fuga. Siempre es interesante tenerlo para aquellos que echan de menos algo más conocido.

¿Qué es para ti el rock, no solo a nivel musical sino como forma de expresar un estilo de vida? ¿Hay una especie de filosofía dentro del rock?

Con un género musical más comercial, y con todos los respetos, es como ir a la moda. El rock no entiende de modas, sí acepta variantes, pero no es de usar y tirar, es una forma de queja y protesta de manera directa. El rock expresa sin tapujos, y es así desde que se inventó. Hubo un tiempo en que salieron estilos como el tecno, máquina, bacalao... Eso murió, tuvo su momento y cuando estaba demasiado explotado cambiaron a otro formato que aportara beneficios. El rock es más complejo y de ahí la dificultad de convertirte en un Rolling Stone, el que se dedica a esto lo sigue intentando y muere en el empeño si es necesario, pero no cambia.

El RnR no es comercial, es una forma muy particular de entender el arte de hacer música. En la época de los 80, en pleno auge de la Movida ya nos decía Leño: «no se vende RnR».

Cada género de música puede ayudar a definir o describir a una persona, pueden ser compatibles distintos formatos, pero sí es factible definir a las personas por aquello que les gusta. Ahora bien, es incuestionable que esta parcela marca; por tanto, es una forma de estar en la vida.

Por último, algo que te gustaría mejorar para posteriores ediciones.

Todo. Es una lucha constante por ir mejorando, pero, sabiendo que lo hacemos por amor al arte, las dificultades no son pocas. Cuando crees que para el año siguiente tal cosa va a salir mejor, lo consigues o no. A veces sale un agujero por haber tapado otro. La dificultad parte de que dependemos de nuestros propios negocios o trabajos y estando dispersos por distintas zonas de España nos vemos poco.

Queremos mejorar la ubicación del recinto, la organización logística y participativa de voluntarios... Sin embargo, sí hay algo más importante, y es conseguir que los asistentes entiendan que por muy poco tienen mucho. No conocemos ningún festival de entrada libre organizado por una entidad privada.

Ser amante de la filosofía te permite practicar una virtud que los seres humanos, inmersos en la vorágine consumista y la aceleración de los tiempos, tenemos un tanto olvidada: la reflexión. Como sabéis aquellos que leéis mis humildes letras, siempre trato de encontrar un nexo entre dos de mis pasiones: el rock (o estilos cercanos) y la filosofía. En este caso, al no tratarse de una letra de un grupo concreto, me estaba resultando difícil encontrar un filósofo que encajara en la redacción del artículo.

Volví a repasar la entrevista y de repente lo tuve claro: no tuve que recurrir a peripatéticos, neoplatónicos, pitagóricos o estoicos. El protagonista de este artículo iba a ser Juan Carlos y los amigos de Masquerock. El ser humano es filósofo por naturaleza desde el instante en que se plantea preguntas y busca respuestas. Otra de las características del filósofo es su generosidad. Él hace las cosas, no para obtener un beneficio económico sino porque es fiel a sus ideas.

Si reflexionamos acerca de las palabras de Juan Carlos, veremos que es fiel a sus ideas y trata de llevarlas a cabo más allá de las dificultades (que las hay y muchas). Tampoco busca el aplauso de las mayorías ni un beneficio económico. Supongo que vivir en un entorno natural privilegiado ayuda a ver la vida de una forma más descontaminada.

Es por ello por lo que personalmente disfruté mucho con el festival y, aunque los grupos no eran conocidos para mí (destacaría la energía y juventud de los Barracuda), el ambiente que se generó en aquella tarde de agosto me hizo pensar que no hace falta mucho para ser feliz.

Nos vemos en Helike Rock 2024



Los seres humanos somos seres sociales.

Por más que retrocedamos en el tiempo, por más antiguo que sea el yacimiento arqueológico que encontremos, es una constante que el ser humano ha vivido en sociedad.

Pero la historia de nuestra convivencia está llena de conflictos. Lamentablemente, la historia podría escribirse a través de las guerras que han azotado la humanidad siglo tras siglo en todas las civilizaciones. Incluso ahora, en el siglo XXI, parece que no hemos aprendido nada, los Estados vuelven a rearmarse fuertemente, con las armas más demoledoras y mortíferas de todos los tiempos, dedicando cantidades ingentes de dinero a los presupuestos de defensa.

En el libro *El naufragio de las civilizaciones*, Amin Maalouf nos definía así «el desconsolador panorama de este siglo»: (..) por primera vez en la historia contamos con los medios para liberar a la especie humana de todas las catástrofes que la acosan y llevarla serenamente hacia una era de libertad, de progreso sin tacha, de solidaridad planetaria y de opulencia compartida; y he nos aquí, no obstante, corriendo a toda velocidad en dirección contraria (..). Las mejores cosas de las que es capaz la humanidad las corrompen las peores cosas: tal es la trágica paradoja de nuestro tiempo».

Y termina preguntando: «¿Cómo convencer a nuestros contemporáneos de que, al seguir presos de los conceptos tribales de identidad, nación o religión o al seguir glorificando el egoísmo sacro, están preparando a sus hijos un provenir apocalíptico?».

Actualmente, hay muy pocos rincones del mundo que vivan en paz, y son muchos los que llevan años en guerras que se eternizan porque no hay manera de solucionar el conflicto. Irak, Libia, Afganistán, Siria, Yemen, Ucrania, Palestina... además de los

conflictos del narcotráfico que azotan Centro y Sudamérica. La crisis migratoria humana que vivimos, generada por los conflictos, no tiene precedentes, millones de personas se han visto forzadas a dejar sus hogares, sus tierras. El precio en vidas humanas es enorme, es salvaje.

Cuando hablamos de la Edad Media pensamos en una época cruel y sangrienta. Pero ¿somos conscientes de lo sangrienta y cruel que es la actualidad?

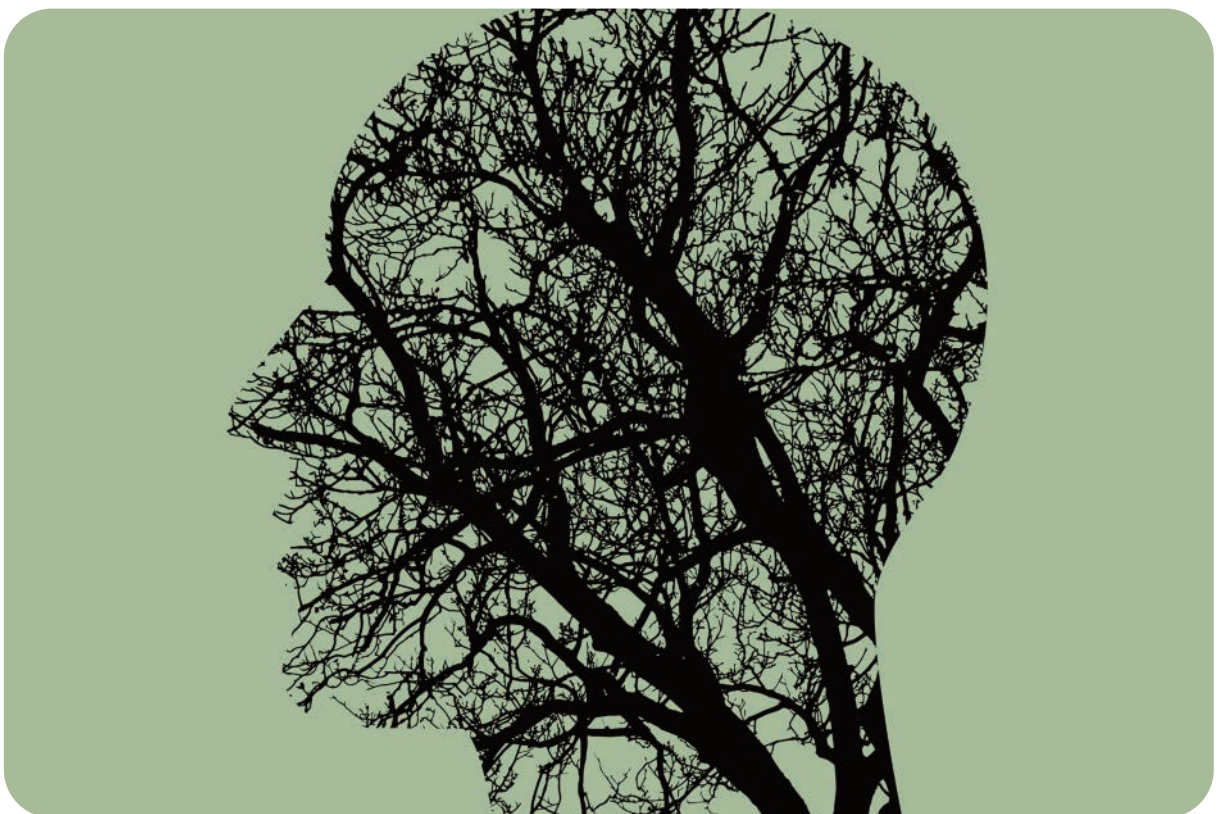
Hoy en día, algunos de los Estados «supuestamente» democráticos usan la bandera de la democracia en pro de los derechos humanos para iniciar guerras en otros lugares del planeta «supuestamente» dirigidos por dictadores, para liberar a los ciudadanos «supuestamente» acosados por la tiranía de sus dirigentes, dejando países repletos de muertos, desplazados y destrucción.

Pero cada año que pasa son más los países que no respetan los derechos humanos, y cada año son más los países «democráticos» que levantan alambradas y muros en sus fronteras y que cierran sus puertos para que la oleada de refugiados no pueda entrar en «su» territorio y perturbar «su aparente» paz. Quizá es que no se ha entendido que imponer la democracia a punta de pistola no es la solución.

Por otro lado, estamos en un momento en que cada vez hay más riqueza, pero lamentablemente también hay más pobreza.

Riqueza y pobreza crecen al mismo tiempo en direcciones opuestas, ¡esto no tiene sentido!

Lo lógico sería que, al incrementar la riqueza de un país, la pobreza disminuyera, pero pasa al revés y esto es un fenómeno global, pasa en los países pobres y en los ricos también está pasando.



Esto sucede porque la democracia que vivimos en algunos países, que en sus orígenes pretendía un liberalismo intelectual y político, y al mismo tiempo ser garante de los derechos del conjunto de la sociedad, se han ido convirtiendo en una mera economía de mercado. Hoy hablar de democracia es sinónimo de hablar de libertad de mercados o de la ley de la oferta y la demanda, donde, como dice el filósofo y director internacional de la escuela de filosofía Nueva Acrópolis, Carlos Adelantado, nuestro derecho es producir y consumir; y justamente esto es lo que nos han inculcado que es la gran libertad a la que nos ha llevado nuestro momento actual en el terreno de la política.

Ya nos advertía el sociólogo y economista alemán Alexander Rüstow, el primero en acuñar el término «neoliberalismo», que si la sociedad se encomienda solo a la ley mercantil neoliberal, se deshumaniza cada vez más y genera convulsiones sociales. Para que esto no suceda, nos dice que el neoliberalismo debe completarse con una «política vital» que siembre la solidaridad y el civismo.

Si analizamos la historia, vemos que realmente las democracias actuales son la evolución del concepto república que se fraguó en la Revolución francesa, donde, por cierto, ya se publicaron los derechos del hombre y del ciudadano.

Cuando hablamos de república, nos referimos a que lo que importa es la cosa pública, la *res publica*, el bien común. En aquel momento de la Revolución francesa, esto era necesario para limitar el poder del Estado, que tenía a los ciudadanos en un puño y donde existían muchos privilegios y favoritismos. En este contexto aparece la Revolución francesa y el Estado de derecho, para que el ciudadano sea juzgado por la ley y no por la fuerza y el capricho del más fuerte. Todo esto ha ido derivando en las democracias actuales.

Pero, llegados a este punto, como nos recomienda Carlos Adelantado, deberíamos hacer un análisis de conciencia, y darnos cuenta de que los sistemas políticos no son ni buenos





ni malos, dependen de la gente que conforma esos sistemas, es decir, de todos los seres humanos que conformamos la sociedad.

Si bajamos a nivel individual, debemos reconocer que no podemos vivir los unos sin los otros, pero eso, al mismo tiempo, provoca una serie de conflictos entre nosotros. Los conflictos que podemos tener en el trabajo, con los amigos, con la familia, a nivel sentimental... se dan por la manera como nos relacionamos; quizá ahí radique el origen de la dificultad de convivir en paz.

Ante todo esto, podemos pensar que la democracia no es la panacea. Pero como nos sigue diciendo Carlos Adalberto, la democracia no es un «producto acabado»; por eso no soluciona los grandes conflictos de la humanidad, entre ellos el de la convivencia. Por tanto, como «producto inacabado» tiene mucho margen de mejora y el aprovechar el margen de mejora depende de nosotros.

Dicen que el grado civilizatorio de una sociedad se puede medir en función de su hospitalidad, de su amabilidad. ¡Qué bonito, ¿no?!

Para ser amables y hospitalarios se requiere ser valientes, tener confianza, ser tolerantes. Ver en el otro una fuente de riqueza y, sobre todo, no tener miedo.

Las guerras, los conflictos sociales, los conflictos con uno mismo, se resuelven con valentía, con respeto y sin miedo. Ser valiente requiere tener muchas dosis de amabilidad, respeto, tolerancia y empatía hacia lo distinto, hacia el que piensa distinto de ti y, también, hacia uno mismo. La paz es de valientes.

Hoy día existe demasiado exceso de miedo que paraliza y ahoga la valentía.

¿Cómo podemos vencer el miedo?



El miedo

Vivimos en una sociedad líquida, como decía el sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman. Una sociedad donde la fugacidad y la inestabilidad lo han reemplazado todo. Una sociedad carente de valores morales y espirituales y esto, como nos decía la filósofa Delia Steinberg Guzmán, provoca un gran desconcierto y vacío en las personas. Todo lo referente a la vida se enfoca de forma superficial y rápida, lo que sirve hoy no sirve mañana. Todas las cosas parecen estar en eterna contradicción; pero no una contradicción constructiva que lleva a la armonía por oposición, sino la destructiva que excluye y pulveriza lo más débil y menos numeroso, sea o no sea lo más benéfico y necesario.

Además, como nos dice el filósofo Byung-Chul Han, la interconexión digital total y la comunicación total no facilitan el encuentro con los otros. Más bien sirven para encontrar personas iguales que nosotros, que piensen como nosotros, haciendo que pasemos de largo ante lo desconocido y lo distinto, estrechando cada vez más nuestro horizonte de experiencias y nuestras miras. Según Han, las redes sociales representan un grado nulo de lo social.

Han nos dice que la percepción de la realidad actualmente asume la forma de «atracones de series». Esto quiere decir que se percibe la realidad de la misma manera que se consumen las series y las películas: a todas horas solo se consume lo que está acorde con los gustos del consumidor, se busca y se ofrece solo lo que puede gustar. Esto hace que se deje de lado lo que supuestamente, de entrada, no va con uno: pensamientos, actividades, conocimiento... Se expulsa lo distinto de nuestras vidas.

En este panorama poco alentador de «clones», donde lo distinto no es atractivo y en lugar de verse como una fuente de riqueza se ve como una amenaza, el miedo se

convierte en el mayor obstáculo para la convivencia entre seres humanos, entre pueblos, incluso con un mismo.

Como nos decía el filósofo Jorge Ángel Livraga, «el miedo es un estado psicológico del alma y también un mecanismo instintivo natural que promueve la elevación de las defensas.

El miedo pintó ojos de búho en las alas de las mariposas nocturnas para espantar a los pájaros, dio al camaleón la posibilidad de cambiar de color para pasar desapercibido. El miedo a las enfermedades hizo que el ser humano buscara medicinas adecuadas.

Considerando estos ejemplos y muchos más, podemos deducir que el miedo es bueno, constructivo y progresista.

Pero ya los antiguos filósofos, hace miles de años, nos enseñaron que todo exceso es malo. Así, la falta de miedo fue concebida como temeridad. Pero el exceso de miedo puede ser aún más peligroso que la temeridad porque envilece al ser humano. El miedo confunde e idiotiza. Convierte al ser humano en un juguete de la violencia y la injusticia, lo esclaviza».

Hoy parece que lo hemos olvidado.

Carlos Adelantado, en un corto artículo, titulado «Las edades del miedo», nos recuerda que los miedos siempre han acompañado a todas las culturas y civilizaciones. Hoy nuestros miedos colectivos son el cambio climático, el agotamiento de recursos, la posibilidad de guerras nucleares o la aparición de misteriosas pandemias.

Vemos que los miedos colectivos se van modificando con el paso del tiempo, pero los individuales nos acompañan toda la vida, pues son propios de las edades cronológicas que vamos viviendo. Así por ejemplo, en la infancia tenemos miedo a la oscuridad y al



abandono, de sentirnos solos en un mundo que intuimos hostil comparándolo con nuestras diminutas fuerzas; en la adolescencia surge el miedo a no ser aceptados, al inevitable crecimiento que nos llevará a la edad adulta; en la madurez somos presa del miedo a perder lo que hemos conseguido, no solo a nivel material, sino también en cuanto a prestigio y reputación; y en la vejez, donde asoma la sombra de la muerte, vuelve el miedo a lo desconocido, a la soledad.

¿Podemos controlar nuestros miedos? Claro que sí.

Podemos manejar esos miedos colectivos e individuales que nos acompañan desde la cuna hasta la vejez con una buena formación del carácter, y con un buen desarrollo y dominio de la personalidad.

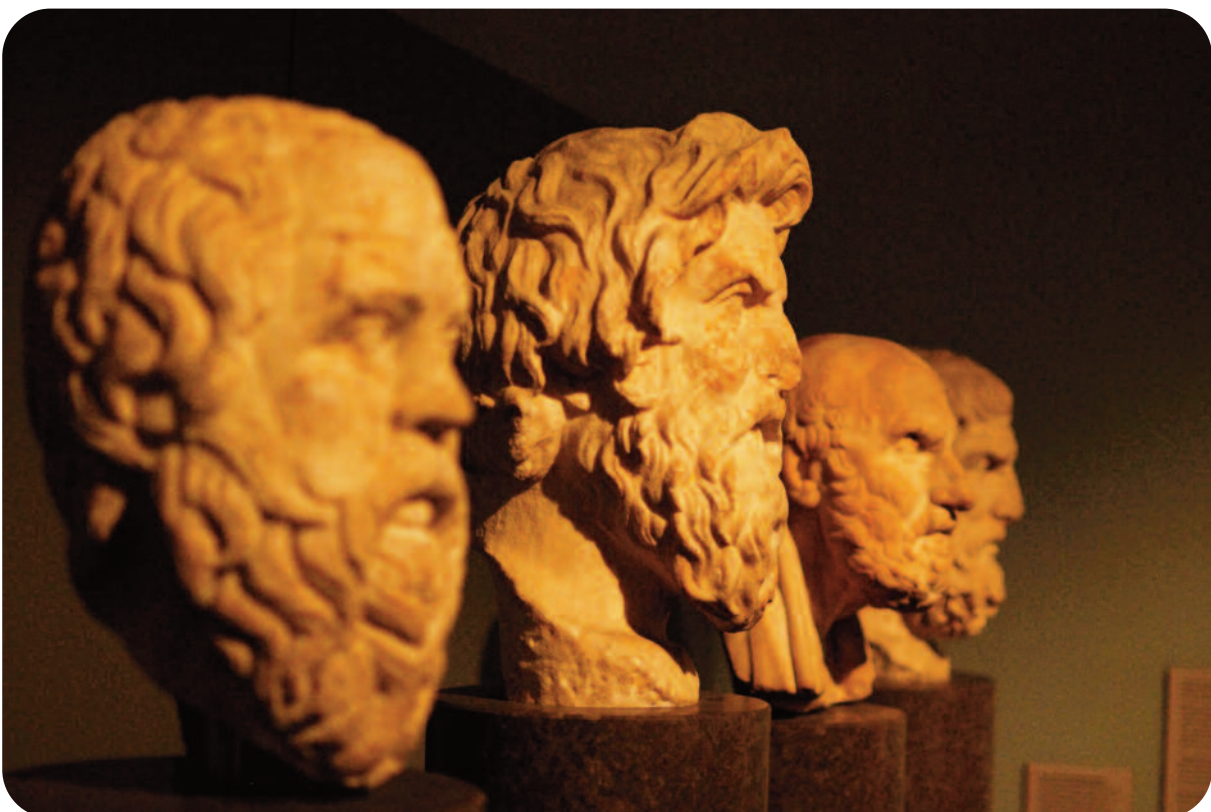
Los miedos retroceden ante el amor y sus emanaciones, y también lo hacen ante el conocimiento y sus derivados. Es por eso por lo que la filo-sofía, amor a la sabiduría, nos puede ayudar a ser más valientes.

La filosofía es una luminaria que, cuando la enciendes, camina junto a ti iluminando el sendero y ampliándote la visión del mundo.

La filosofía como herramienta de convivencia

La filosofía es una disciplina que no se ha entendido ni enseñado bien, o quizá no se ha querido ni entender ni enseñar bien por su capacidad liberadora.

La filosofía no es aprender de memoria el pensamiento de los filósofos, sino conocer su obra y atesorar las perlas de sabiduría que nos ofrecen para formar nuestro pensamiento.





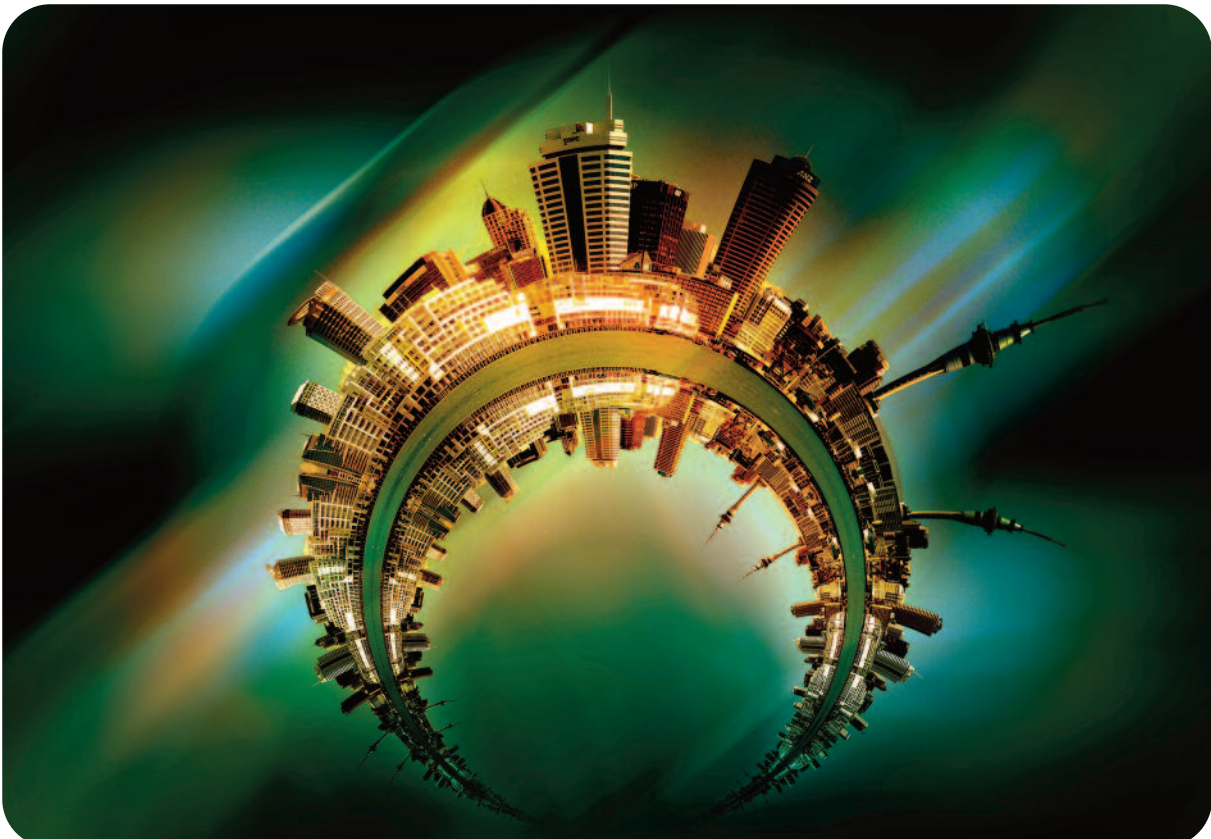
Si volvemos a la historia, encontramos que siempre han existido escuelas de filosofía cuyo objetivo ha sido mejorar al ser humano y el mundo en el que se vive. Todas ellas, más que un sistema de pensamiento, ofrecían sobre todo una forma de vida, una manera de ser y practicar la filosofía. Porque el sentido de la filosofía iba encaminado hacía una dimensión transformadora y liberadora de la vida.

En este sentido, la filosofía sería como una terapia para el alma, que nos ayuda a orientarnos en la vida. El filósofo ama el conocimiento, investiga en diversas fuentes cuál es la naturaleza del ser humano, qué es, qué ha venido a hacer en la vida, qué es lo natural en el ser humano. Y lo natural en el ser humano es, aparte de cubrir las necesidades básicas, desarrollar sus potencialidades: reflexión, intuición, voluntad y comprensión (de sí mismo y de sus relaciones con los demás).

Los alquimistas renacentistas la llamaban «la magna ciencia» ¡por algo sería! Y desde 2002 la UNESCO instauró el tercer jueves de cada mes de noviembre como Día Internacional de la Filosofía con los objetivos de fomentar las escuelas de filosofía, el libre pensamiento y la libre elección de modos de vivir, ¡por algo será!

¿Qué nos ofrece la filosofía para mejorar la convivencia?

Hemos dicho que somos seres sociales, que nuestra naturaleza es vivir en sociedad, convivir los unos con los otros. Pero cada uno de nosotros tiene distintas personalidades que, de vez en cuando, hacen que los intereses individuales de uno se contradigan con los intereses individuales de otro, y esto sucede a nivel de familia, vecinos, sociedad, naciones y civilizaciones. Somos las piezas de un gran puzle planetario que no terminan de encajar porque sus formas no están bien definidas. La filosofía sería la lima que nos ayuda a pulir esas asperezas de la personalidad en pro de poder encajar y vivir en paz, todos juntos con nuestras diferencias en este mundo que compartimos toda la humanidad.



Como nos explica Carlos Adelantado, las escuelas de filosofía nos han legado tres grandes principios que deberíamos tener en cuenta en nuestra vida, que nos facilitarían la convivencia, y serían las tres patas de un trípode donde se apoya la filosofía de todos los tiempos.

Uno de los principios consiste en trabajar nuestra parte interna, para avanzar y crecer internamente. Formar nuestro carácter y personalidad desarrollando una serie de valores internos y virtudes, que nos ayuden a comprender y entender la naturaleza; y poder así vivir de acuerdo con ella, vivir de forma más natural. Esto nos ayudaría a poder disfrutar de nuestra libertad, disfrutar del raciocinio y de nuestra capacidad de elección.

Otra pata del trípode sería el conocimiento comparado, no quedarnos con una sola forma de pensar o de conocimiento. Lo importante es tratar de alcanzar el eclecticismo, basado en el estudio comparado del otro. Si nos quedamos anclados en un único conocimiento (en el «atracción de series»), no seremos capaces de ver la totalidad en su conjunto. Para la convivencia, es muy necesario conocer formas diferentes de conocimiento, los distintos puntos de vista.

Y, por último, nos hablan de un principio y una finalidad, quizá el más importante para la convivencia, porque tiene que ver con la fraternidad (que es lo más difícil de alcanzar), porque se trata de una verdadera concordia, corazón con corazón, sin tener en cuenta todas los rasgos y características que tenemos y que, en su mayoría, nos vienen por el lugar donde hemos nacido: el sexo, la religión, las ideas políticas, el color de la piel... rasgos y características que no son nada importantes cuando estamos hablando de una verdadera fraternidad.

Con estos tres principios, que son fines al mismo tiempo, la filosofía antigua ha tratado de que el ser humano sea capaz de solucionar uno de los mayores problemas que tenemos: la convivencia, es decir, ser capaces de vivir juntos y en libertad.

Por lo tanto, la filosofía nos ayuda a conformar un vivir más humano, más acorde con nuestra naturaleza y la naturaleza de la que formamos parte limando las asperezas de nuestra personalidad, ayudando a que las relaciones con los demás sean más sanas y fluidas. Y esto lo podemos extrapolar a la convivencia entre pueblos y culturas.

Para una buena convivencia entre pueblos y culturas, todas deben aportar calor (amor y confianza) y luz (conocimiento). La filosofía nos ayuda a superar los recelos, los agravios y malentendidos pasados, a dejar atrás el frío y la oscuridad del miedo a lo distinto, a lo desconocido. A sentir que la riqueza de la humanidad está en la variedad de sus formas de vivir, en las distintas formas de expresarse cultural y espiritualmente. Entender que seamos de Oriente u Occidente, del norte o del sur, no somos tan distintos, lloramos, reímos y amamos del mismo modo.

«La filosofía es como una antorcha de fuego interior que propicia un cambio trascendente en la sociedad y en el mundo».

Imágenes

Gente: Gerd Altmann en Pixabay

cabeza con ramificaciones: Gordon Johnson en Pixabay

Siluetas: Philip Barrington en Pixabay

Rostro acuarela: Alexandra Haynak

Multitud en la ciudad: hellonage en 123F

Mariposa en flor: Hans Benn en Pixabay

Bustos de filósofos: morhamedufmg en Pixabay

Diente de león: cc0collection

Ciudades en arco: Gerd Altmann en Pixabay

bombilla: nuevoimg en 123F



LA ANALOGÍA y el retorno a una filosofía natural

José Carlos Fernández

«Todas las cosas en el universo siguen la ley de analogía. “Como es arriba así es abajo”; el hombre es el microcosmos del universo. Lo que tiene lugar en el plano espiritual, se repite en el plano cósmico. La concreción sigue las líneas de la abstracción; lo más inferior debe corresponder a lo superior; lo material a lo espiritual.

(...) La analogía es en la naturaleza la ley directora, el único y verdadero hilo de Ariadna que puede conducirnos a través de los inextricables senderos de sus dominios, hasta sus primordiales y últimos misterios. La naturaleza, como potencia creadora, es infinita; y ninguna generación de hombres de ciencia física podrá vanagloriarse jamás de haber agotado la lista de sus medios y métodos, por uniformes que sean las leyes según las cuales procede» (H. P. Blavatsky (1831-1891), en su obra cíclopea, *La Doctrina Secreta*).

Hace más de cincuenta años, el profesor Jorge Ángel Livraga (1930-1991), escribió lo siguiente:

«Últimamente el concepto de filosofía se ha degenerado de tal manera que ese término suele involucrar tan solo una forma de juego racional, sobre bases convencionales, completamente desligado de la naturaleza y de la lógica en su sentido estricto. Se especula y se bucea en un mundo de imágenes comunes que atan y desatan cuerdas mentales que para nada sirven ni de nada traccionan, de tal suerte, que el filósofo actual, cual pescador burlado, solo extrae el sedal que él mismo arrojó al mar de las ideas fundamentales, sin presas ni frutos de su esfuerzo».

Este es, efectivamente, el panorama de la filosofía académica actual aún, con raíces en el materialismo que llegó a su apogeo en el siglo XIX, y ahora estamos viviendo las oleadas de sus miasmas conceptuales y morales. Desde que Descartes proclamó la independencia total entre su *res extensa* (la materia, que puede ser «medida») y su *res cogitans* (el pensamiento), y desde que él mismo consideró, junto a Galileo, Kepler,

Newton o Bacon, al universo más un reloj que un *anima mundi* sustanciado bajo ciertas leyes armónico-musicales, la filosofía moderna entró en un laberinto sin salida. Un laberinto con minotauro, la más completa alienación respecto a nosotros mismos y pérdida de vínculos con la naturaleza y la vida, y sin Teseo heroico ni hilo de Ariadna, pues los expulsamos de este, que pensábamos palacio o paraíso del placer, la multiplicación hasta el infinito de nuestras sensaciones.

El hilo de Ariadna que permite salir del laberinto de nuestra confusión mental, y aun del encadenamiento de la mente a la materia es, precisamente, según refiere la genial H. P. Blavatsky, *la analogía*. Es la llave de oro de la filosofía y de la ciencia a la hora de buscar la verdad, pues la verdad, siendo, como la luz, una, debe crear un vínculo de todo en el todo.

Cuando expulsamos al *anima mundi* de nuestra tierra mental, fraccionamos el conocimiento y dificultamos el acceso a una verdad armónica, encontrando así solo páginas arrancadas, o peor aún, pedazos inconexos del libro de la vida y la naturaleza. Y aunque proclamemos, con Galileo, que «las matemáticas son el alfabeto con el que Dios ha escrito en este libro», perdimos los vínculos que nos permiten descubrir la armonía en aquello que estudiamos. La filosofía, así adulterada, perdió su dignidad, y el protagonismo de las nuevas ciencias la fue cercando y desnaturalizando. La física y la astronomía le arrebataron el estudio del movimiento en la tierra y en el cielo; la química, el de los elementos y las transformaciones de la naturaleza; la geología, el dinamismo de la Tierra y el estudio de sus procesos y los del reino mineral; la psicología, el estudio del alma, que al principio, y aún hoy, se hace derivar de los simples humores del cuerpo; la lingüística, el estudio del lenguaje; la lógica, las leyes del pensamiento.



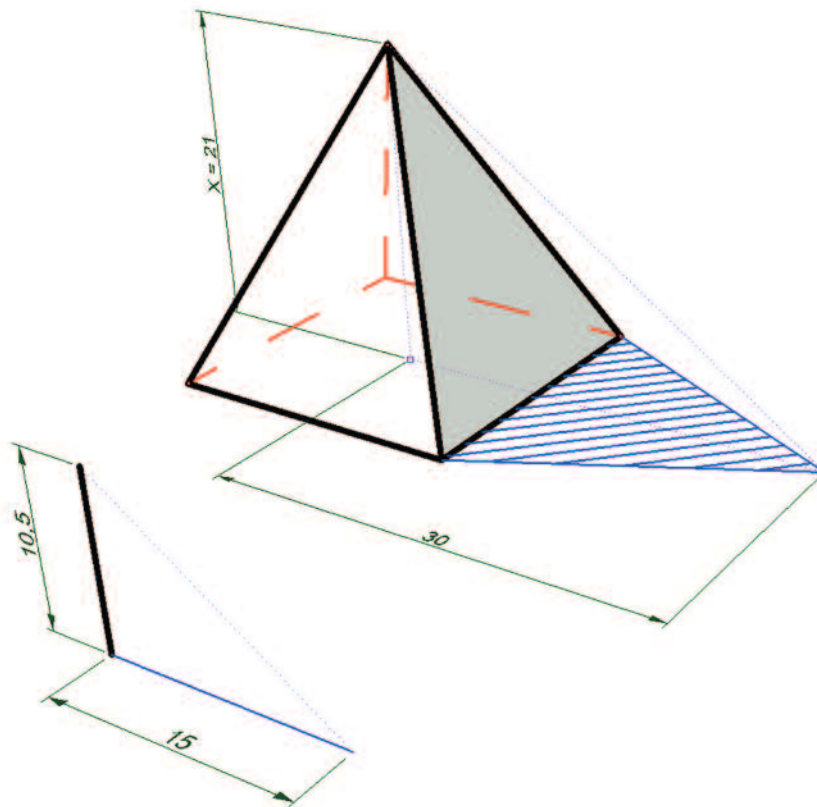
Especialización de las ramas del saber

En verdad, todas estas ciencias se podrían haber desarrollado más y más, como las ramas de un árbol o los pétalos de una flor, sin perder su sentido de unidad y armonía, si la filosofía no hubiese degenerado en una alienación arrastrada por las corrientes psicológicas del siglo. El análisis cartesiano como método, guiando *ad nauseam* todas las ramas del saber, desmenuzó todo en polvo, sin encontrar los verdaderos secretos de la vida. Nos faltó la pureza de alma para desvelar sus leyes internas. ¡Cuán proféticas fueron las palabras de *Voz del Silencio*, obra mística del budismo mahayana, escrita más de mil años antes!:

«Ayuda a la naturaleza y trabaja con ella, y la naturaleza te considerará como uno de sus creadores y te prestará obediencia. Y ante ti abrirá de par en par las puertas de sus recintos secretos, y pondrá de manifiesto ante tus ojos los tesoros ocultos en las profundidades mismas de su seno puro y virginal. No contaminados por la mano de la materia, muestra ella sus tesoros únicamente al ojo del espíritu, ojo que jamás se cierra, y para el cual no hay velo alguno en todos sus reinos».

¿Y cómo hacerlo, si la mentalidad occidental, fuertemente enraizada en la tradición bíblica nos había dicho «creced y multiplicaos» y había puesto a la naturaleza como esclava a nuestro servicio total? Para ser despojada, humillada, violada y después desechada. Qué diferente de la visión hindú, por ejemplo, en el Mahabharata, donde la Tierra es representada como una diosa, que va a quejarse ante Indra, dios del cielo, por las pisadas impías de hombres que perdieron el respeto a su madre y nutridora, y esta contaminación es la causa de la gran guerra, un acto de sacrificio para purificar a la humanidad de tantos egoísmos y sombras.





Analogía significa, literalmente, en griego, ‘según la proporción’ o ‘de acuerdo al logos’, o sea, a la Idea. Es el descubrimiento de verdades o la ejecución de formas de acción sobre la base de semejanzas. En el ámbito jurídico, es el argumento más importante cuando se ha de juzgar un caso que no se halla bajo ninguna ley. Entre las figuras del lenguaje, las de analogía son las que establecen comparaciones entre las semejanzas de dos elementos, sean estos ideas, acontecimientos, cosas o seres, y se incluyen en este apartado la metáfora, el símil y la alegoría.

El gran maestro de la analogía fue el sabio presocrático Tales de Mileto, a quien se atribuye la máxima «Conócete a ti mismo y conocerás el universo y sus leyes», bellísima y sapientísima analogía que establece la relación entre el macrocosmos (universo) y el microcosmos (ser humano). También es de él la máxima «Espera de tus discípulos lo que tú mismo hagas a tus maestros», otra analogía o comparación entre términos.

Toda analogía implica un vínculo, y ese vínculo es la proporción. El mismo Tales escribió en forma matemática uno de los fundamentos de la geometría, el teorema que lleva su nombre y que establece la semejanza de triángulos. Casi podemos llamarle «cristalización geométrica» del principio de analogía. ¡Y es que aquí está la clave de la analogía, en la proporción (*ratio* en latín, *logos* en griego)! La proporción establece el vínculo, hay una misma idea que rige todo aquello que es semejante.

Casos de analogía

El giro de los electrones y los niveles cuánticos de energía de los mismos en torno al núcleo es análogo al movimiento de los planetas alrededor del Sol. El mismo Sol es como un corazón que bombea su sangre (el viento solar) a todo el organismo, o huevo hasta donde llega su vida. Los límites del mismo ahora los llamamos helioesfera.



Hay una semejanza entre la membrana de una célula, la piel humana, las siete capas de la atmósfera y esta «cáscara» del «huevo de vida» del sistema solar: hay ciertas sustancias, energías o rayos cósmicos que pasan y otros que no, es un umbral, una puerta de acceso de sí o no.

Hay una analogía entre la actividad frenética, irracional, del hombre en la Tierra y un cáncer o un virus dispuesto a devorarla y pasar a otro organismo huésped.

Entre las mareas y las grandes convulsiones sociales y políticas que van marcando el ritmo de los siglos y milenios.

Entre la distribución de los diamantes bajo la tierra y la de las estrellas en el cielo, según probó Mandelbrot con sus fractales matemáticos.

Entre los metales y no metales con lo masculino y lo femenino, o de esto primero con lo cóncavo y lo segundo con lo convexo.

Entre los coloides, sensibles a influencias planetarias, según demostraron Kolisko y Picardi (de la Universidad de Florencia) y las sociedades humanas cuando no están muy enraizadas en la recta razón.

O entre la distribución de los números primos y los estados cuánticos de los núcleos atómicos.

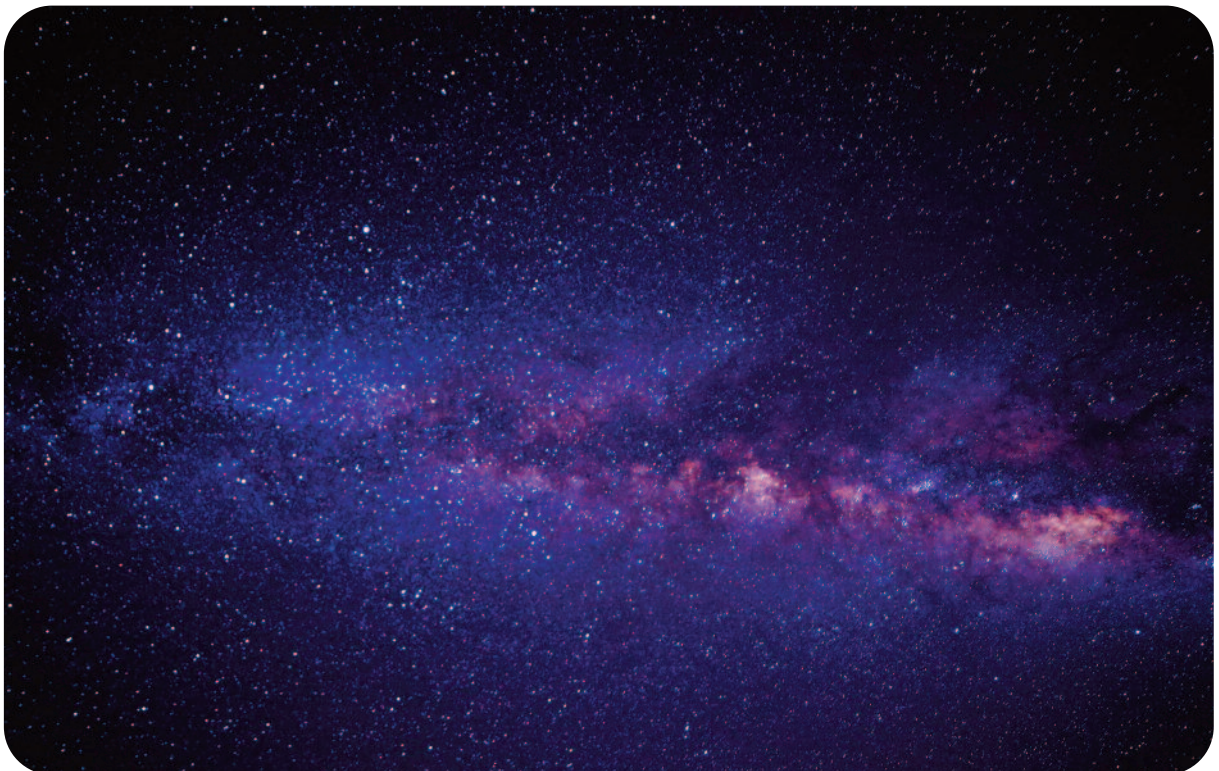
Y donde hay una semejanza real, no una ilusión de la fantasía, hay una misma ley que lo rige, y hay un vínculo, base de toda operatividad en la naturaleza, o una misma causa vertical. Hay una semejanza entre la lluvia de gotas de agua y la de rayos cósmicos, y los últimos estudios determinan en los segundos la causa de los primeros, al electrizar las partículas de polvo que atraen la humedad del aire. Entre el ser humano verticalizado por su razón y responsabilidad y el fuego que se eleva al cielo, como una oración, buscando la libertad y el retorno a lo puro y sin mancha. Entre los ojos y las

estrellas, a las que llamamos, precisamente, los mil ojos de la noche, y ahora se ha demostrado científicamente que el ojo humano irradia una luz que puede ser medida materialmente, y que todo ser sensible y especialmente los poetas han percibido desde que el mundo es mundo. Entre una colmena y un cúmulo de estrellas, libando en el mismo elixir de inmortalidad que constituye su vida.

La analogía, si es rectamente usada, nos permite adentrarnos en lo desconocido, imaginar, crear un puente que después podrá ser afirmado, constatado, probado. Es síntesis pura, la única que puede redimir a un método analítico ya exhausto además. No basta medir, medir, medir y medir, hay que encontrar la clave, el sentido, el significado de lo que estamos midiendo, cuyas verdades íntimas son como estrellas en el alma humana: Platón las llamó arquetipos, los decretos del todo en la infinitud, y que descienden en cascada desde lo infinitamente grande a lo pequeño, o desde lo infinitamente sutil a lo objetivo.

La filosofía necesita la analogía como el mismo aire para respirar, si no, se convierte en idolatría hacia una herramienta, la mente formal, una herramienta y nada más. Kant la llamó «razón pura» (el Kama Manas de las tradiciones teosóficas) y demostró —en una argumentación matemático-conceptual de 500 páginas— que esta no puede conocer la esencia de nada, que está aislada de la realidad, pudiendo solo masticar con sus acerados dientes de análisis la simple apariencia o fenómeno de las cosas, nunca la esencia o noúmeno.

Si queremos una nueva filosofía, que sea natural, que eleve el alma en un vuelo de belleza e inmortalidad, y no la haga, contaminada, fundirse con las sombras del abismo en la materia, es necesario retornar a la analogía, la que hizo verdaderamente avanzar la ciencia. Pues ¿no «imaginó» y estableció Newton la analogía entre las fuerzas y los vectores, con su dirección, sentido y magnitud?; ¿no soñó Kekulé con su estructura



circular del benceno (C_6H_6)?; ¿no relacionó Schrödinger los diferentes modos o niveles de energía atómica con los armónicos de la energía del hidrógeno, como si este fuese el fuego universal cuyas ondulaciones armónicas crean cuanto existe?; ¿no «vio» Nikola Tesla, en una éxtasis intuitivo, la «corriente alterna», al sentir que giraba en ciclos él mismo unido a la Tierra, como un gigantesco imán, en torno al Sol?, y descubrió así cómo la electricidad era universal, todo estaba en ella y sostenido por la misma (la base de la actual teoría físico-cosmológica del «universo eléctrico», muy próxima a las tradiciones esotéricas).

En uno de los paneles de Notre-Dame de París, que se atribuye a la Alquimia, aunque en verdad, originalmente representaba la Dialéctica, ella aparece sujetando una escalera de nueve peldaños: los diferentes niveles o categorías del ser, tal y como aparecen ya en los misterios de Heliópolis, y después en la filosofía gnóstica, neoplatónica, medieval (con Pseudo Dionisos), etc. El ascenso y descenso a través de estos peldaños del ser solo se puede hacer por analogía, y como dicen los textos egipcios, los travesaños son los brazos mismos de los dioses. Ella, la analogía, es la que establece la ciencia de los vínculos; es, por tanto, la base de la magia y de todas las operaciones fértiles de la mente, las que arrastran semillas de acción y conocimiento real, y no quedan aisladas en la soledad de un espejismo. Como dijo el poeta cubano José Martí al estudiar la obra de H. P. Blavatsky y llamarla gran sacerdotisa: «Lo verdadero es lo sintético. En el sistema armónico universal, todo se relaciona con analogías, asciende todo lo análogo con leyes fijas y comunes».

Imágenes

Galaxia en la mano: R-region en Pixabay

Amanecer: FelixMittermeier en Pixabay

Representación del teorema de Tales: Matteo Carcassi, via Wikimedia Commons

Marea: Abel Escobar en Pixabay

Cielo estrellado: Pexels en Pixabay

Alquimia en Notre Dame: Chosovi en Wikimedia Commons





La ética en la investigación científica es un aspecto fundamental para garantizar el respeto por los derechos de las personas y los sujetos de estudio. La experimentación con seres humanos puede parecer un hecho del pasado o un guion para una película. Puede parecer que ya queda lejos el estudio de Tuskegee sobre la sífilis no tratada (1932-1972), un estudio donde investigadores estadounidenses engañaron a hombres afroamericanos para que participaran en un estudio sobre sífilis sin proporcionarles tratamiento, incluso cuando este estaba disponible. Todos conocemos también los experimentos médicos durante el Holocausto, cuando médicos nazis llevaron a cabo horribles experimentos en prisioneros en campos de concentración. Estos experimentos incluían la exposición a condiciones extremas, pruebas médicas inhumanas y cirugías forzadas sin anestesia. Quizás son menos conocidos los experimentos secretos de la Guerra Fría tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética para estudiar los efectos de la radiación en seres humanos. Por ejemplo, en los Estados Unidos, el Proyecto MKUltra involucraba la administración de drogas psicoactivas y técnicas de control mental en individuos sin su consentimiento.

La lista de experimentaciones en las que las personas no han sido respetadas, donde no ha habido un consentimiento informado, es más amplia y más cercana de lo que podemos pensar. Aunque algunos estudios clínicos se han llevado a cabo en países en desarrollo durante brotes de enfermedades, como el brote de ébola en África occidental, donde se realizaron pruebas de vacunas y tratamientos experimentales, también los ha habido en los llamados países del primer mundo. En 1971, se llevó a cabo un estudio en la prisión de Stanford para investigar los efectos psicológicos del encarcelamiento. Los participantes se dividieron en prisioneros y guardias, y el experimento se detuvo prematuramente debido al comportamiento extremo que exhibieron algunos de los participantes asignados al rol de guardias. Este experimento generó controversia debido a la manipulación de los participantes y los posibles daños psicológicos.



Estos ejemplos resaltan la importancia de la ética en la investigación con seres humanos y la necesidad de equilibrar los avances científicos con la protección y el respeto de los derechos de los participantes.

En respuesta a tales dilemas, se han desarrollado directrices éticas y regulaciones para guiar la investigación humana, como la Declaración de Helsinki y las pautas éticas de las instituciones de investigación. En la Declaración de Helsinki se regulan los ensayos clínicos controlados para impedir la introducción de métodos preventivos, diagnósticos o terapéuticos que no sean mejores que los utilizados habitualmente, y para solventar los problemas éticos de la experimentación con seres humanos. Jamás puede obviarse el derecho de la autonomía del paciente de someterse o no al ensayo y a ser informado adecuadamente en toda etapa del proceso. Este no es un bien compensable con otro tipo de bienes, es decir, no se puede comprar con dinero o con donaciones materiales.

Algunos casos conocidos

Los comités de bioética que controlan que se respete esta declaración se centran también en temas donde las afecciones se dan también a humanos todavía no existentes, como el caso del Dr. Hwang Woo-suk (2004-2005). Este científico surcoreano saltó a la fama en la comunidad científica y en los medios de comunicación en 2004, cuando afirmó haber logrado avances significativos en la investigación de la clonación de células madre humanas y la producción de células madre a partir de embriones humanos. Su trabajo parecía revolucionario y prometedor, ya que ofrecía la posibilidad de tratar enfermedades y afecciones médicas graves mediante la generación de células y tejidos específicos a partir de células madre, lo que abriría la puerta a tratamientos personalizados y regenerativos para enfermedades crónicas y lesiones.

Sin embargo, en 2005, comenzaron a surgir dudas sobre la autenticidad de sus resultados. Se descubrió que parte de los datos presentados en sus investigaciones habían sido manipulados o falsificados. Además, algunas de las imágenes y resultados publicados eran inconsistentes y no podían ser replicados por otros científicos.

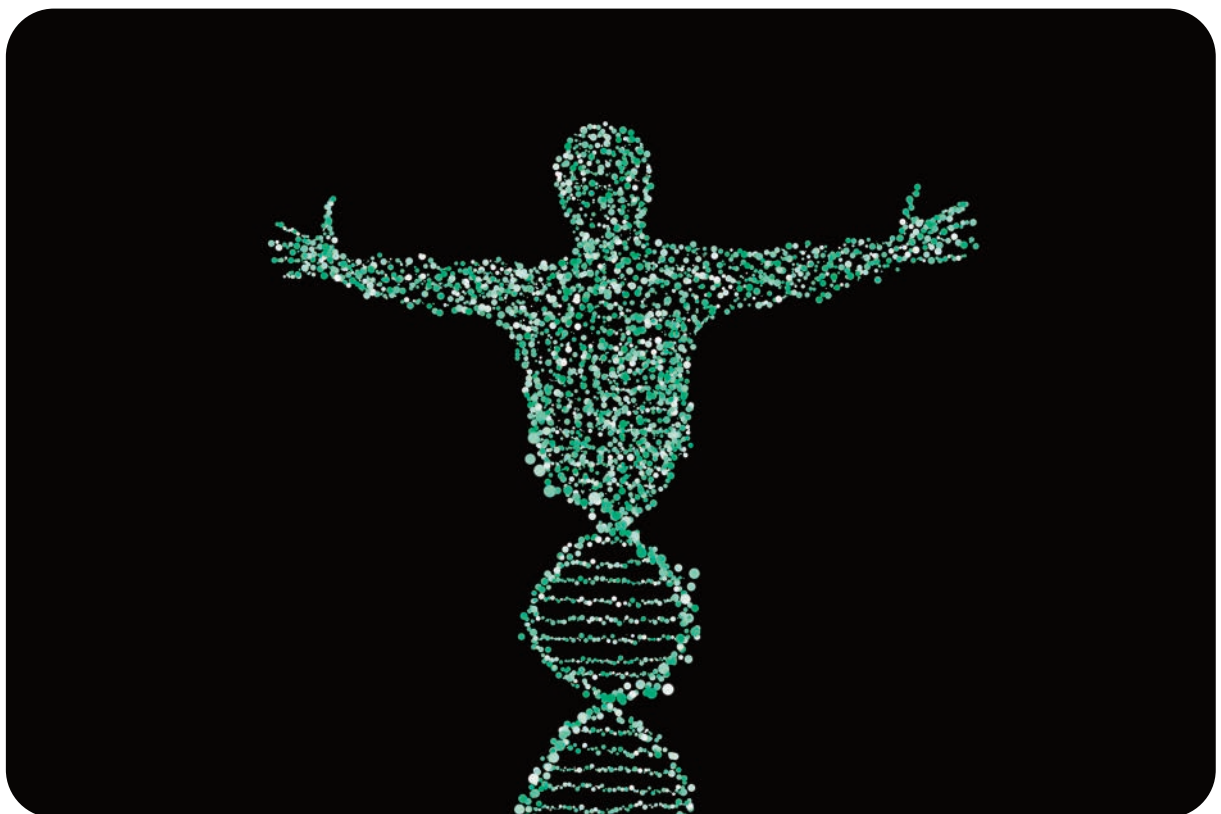
A medida que más investigadores y expertos revisaron su trabajo, se hizo evidente que Hwang Woo-suk había participado en una serie de fraudes científicos significativos. Las acusaciones de fraude y falsificación de datos se extendieron a múltiples publicaciones y proyectos de investigación. Su reputación sufrió un golpe considerable.

En enero de 2006, Hwang Woo-suk admitió públicamente que algunos de sus resultados habían sido falsificados y manipulados, y retiró varios de sus artículos científicos. Su papel como líder en el campo de la clonación y las células madre se derrumbó por completo. Perdió su puesto en la Universidad Nacional de Seúl y enfrentó consecuencias legales y profesionales por su conducta deshonesta.

El caso del Dr. Hwang Woo-suk es un ejemplo destacado de cómo el engaño y la manipulación de datos en la investigación científica pueden tener un impacto devastador en la credibilidad de un científico. Además de la violación de la ética científica, este caso resalta la importancia de la revisión por pares, la transparencia y la integridad en la investigación para mantener la confianza en los avances científicos.

Bioética para la manipulación genética

También la bioética tiene como campo de trabajo la manipulación genética que ya está en ciernes. En noviembre de 2018, He Jiankui anunció en un vídeo en YouTube que había llevado a cabo un experimento en el que había editado los genes de dos gemelas recién nacidas utilizando la técnica de edición genética CRISPR-Cas9. Esta técnica



permite realizar cambios precisos en el ADN, y He Jiankui afirmó que había utilizado CRISPR-Cas9 para desactivar un gen llamado CCR5 con el objetivo de conferir resistencia al virus del VIH.

Este anuncio generó una inmensa controversia y preocupación en la comunidad científica, puesto que He Jiankui llevó a cabo el experimento sin la aprobación adecuada de las autoridades reguladoras y sin someter su investigación a una revisión científica rigurosa. Además, la edición genética en embriones humanos plantea dilemas éticos significativos. La edición genética en embriones puede tener un impacto permanente en las generaciones futuras, lo que lleva a la discusión sobre los límites de la intervención humana en la herencia genética. Pero tampoco se sabían los posibles efectos secundarios, ya que la edición del gen CCR5 para conferir resistencia al VIH podría tener efectos no deseados en otras áreas de la salud.

Todo esto con un consentimiento informado insuficiente. Aunque He Jiankui afirmó que los padres de las gemelas habían dado su consentimiento para participar en el experimento, la comunidad científica cuestionó la adecuación y la comprensión completa de los riesgos y beneficios por parte de los padres. El consentimiento informado, que es un principio fundamental en la investigación humana, debe ser sólido y transparente.

La comunidad científica, los expertos en ética y las organizaciones internacionales condenaron enérgicamente el experimento de He Jiankui. China suspendió su trabajo y se investigó el caso. En diciembre de 2019, He Jiankui fue sentenciado a tres años de prisión y recibió una multa por llevar a cabo la edición genética ilegal y no ética de embriones humanos.

Estos casos de experimentos científicos controvertidos y con dilemas éticos en la investigación nos brindan lecciones valiosas sobre la importancia de la ética y la responsabilidad en el avance del conocimiento científico. En primer lugar, la investigación científica debe siempre respetar la dignidad y los derechos fundamentales de las personas involucradas, ya sean participantes en estudios, pacientes o sujetos de





experimentación. Los experimentos que atentan contra la integridad y la autonomía de las personas no son justificables, no importa que los posibles beneficios sean extraordinarios. En segundo lugar, debe haber transparencia en la metodología y en los resultados de la investigación, esto es esencial para mantener la confianza en la comunidad científica. La revisión por pares y la validación independiente son fundamentales para garantizar la calidad y la veracidad de los resultados científicos.

Pero quizás uno de los aspectos que más nos queda por trabajar es obtener un consentimiento informado y genuino de los participantes. Los participantes deben ser completamente informados sobre los riesgos y beneficios potenciales de manera comprensible, y deben tener la libertad de participar o retirarse sin presión.

Los casos pasados de experimentos controvertidos y violaciones éticas nos recuerdan la importancia de aprender de la historia y evitar repetir errores. Eso solo lo conseguimos a través de la educación en ética científica, donde hay que enseñar que la investigación científica tiene implicaciones no solo locales, sino también globales. Los científicos deben considerar el impacto de sus acciones en la sociedad y en las futuras generaciones.

En última instancia, estos casos que hemos visto subrayan que la ciencia y la ética están entrelazadas inseparablemente. La investigación científica tiene el potencial de transformar nuestro mundo de manera positiva, pero solo si se lleva a cabo con un profundo compromiso con los principios éticos y la responsabilidad hacia la humanidad y el planeta.

Imágenes

Instrumentos de laboratorio: PublicDomainPictures

Mujer en un laboratorio: Michael Jarmoluk en Pixabay

Humano y ADN: Schäferle en Pixabay

Bebés: 3194556 en Pixabay

Atardecer: Henning Sorby en Pixabay

la relación entre el HOMBRE y la NATURALEZA: un puente entre dos mundos

Rodolfo Grau

Es inevitable tropezarse con propias generalizaciones a la hora de investigar una cuestión tan amplia y profunda, como la que vamos a comenzar a desglosar. Para intentar partir desde puerto estable y seguro, es importante avanzar desde un fundamento conocido y cristalino, algo que trataremos de conseguir investigando, en primera instancia, los dos entes a tratar y principales protagonistas de este proceso o relación dinámica que comparten el hombre y la naturaleza.

Al procesar ambos conceptos es casi causal el sentir cierto vértigo y respeto por ellos, es comprensible, pues ambos representan la totalidad de percepciones y experiencias vitales que puede experimentar un ser de nuestra especie. Lo conocido y lo desconocido se concentran en las profundidades de estos gigantes de la experiencia, llegando a conmover y a asustar en la misma medida, pues como nos indica Immanuel Kant, «la vista de una montaña cuyas cimas nevadas se alzan sobre las nubes, la descripción de una furiosa tempestad o las pinturas de Milton producen agrado, pero unido a terror; en cambio, la contemplación de prados floridos, valles con arroyos ondulantes, cubiertos de rebaños pastando; la descripción del Eliseo o la pintura que hace Homero del cinturón de Venus provocan igualmente una sensación agradable, pero alegre y sonriente. Para que aquella primera impresión actúe sobre nosotros con la fuerza requerida debemos tener un sentimiento de lo sublime; para disfrutar de la segunda es preciso el sentimiento de lo bello¹.

Representan en el plano material la profundidad del misterio y las bellas facultades de este y del hombre.

¹ *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime.*

El hombre, ese privilegiado espectador, dotado de las facultades necesarias para comprender y desenvolverse en su entorno, ha sido investigado en todas sus vertientes a lo largo de la historia, dotándosele de la condición de ser pensante, es decir, un ser a quien se distingue por una facultad muy concreta, que no es otra que la mental.

Dicha capacidad concentra un sinfín de subfacultades, como pueden ser la memoria, la atención, la comprensión, el pensamiento lógico, etc., que nos hacen ser lo que hoy por hoy se entiende como ser humano. Nuestra capacidad de percepción, es decir, nuestra apertura hacia lo exterior, lo que es a priori, ajeno a nuestro ser, la otredad, como diría Ortega, está encabezada por este sutil elemento, al cual acompañan los cinco sentidos, permitiéndonos aprehender la parte que nos corresponde de la naturaleza. Entendemos la naturaleza como el conjunto de seres de la existencia, es decir, lo Uno, siendo nosotros parte alícuota de ella.

Este gran e ilimitadamente profundo misterio ha sido observado e investigado desde el inicio de los tiempos, dando vida a todas las ciencias, artes y filosofías, que no son otra cosa que un intento de nuestra especie por comprender y desvelar los infinitos pliegues del manto de la existencia.

¿Cuál es la relación entre ambos entes? Existe una unión esencial entre nuestra especie y la naturaleza, debido a la constitución del hombre. Al ser, como diría Schopenhauer, seres cognoscentes², es decir, seres con la capacidad de conocer, y ser la naturaleza en su totalidad una infinitud de conocimientos expresados en heterogéneas formas, nuestro lazo con ella está abocado al entendimiento.

Somos una especie con unas capacidades concretas que la conectan directamente con toda la realidad exterior, la cual está compuesta por ciertos elementos que le son, después de la puesta en práctica de sus facultades más elevadas, conocidos a dicho ser,



² *El mundo como voluntad y representación.*

debido a la similitud esencial entre la naturaleza interior del hombre y la naturaleza exterior de la existencia.

Las antiguas enseñanzas nos hablan de la naturaleza como una; la división existente entre el hombre y la naturaleza es meramente formal, causada por la continuada expresión de nuestro vehículo mental, el cual es el origen de la individualización de nuestra especie.

Ontológicamente, son muchas las filosofías y religiones que nos indican que la separación entre el hombre y la naturaleza es ilusoria, ya que en el fondo estamos hablando de la misma cosa, y que su relación en su esencia está íntimamente ligada. La individualización de nuestra especie ha ido alejando paulatinamente al ser humano de lo Uno, principalmente por la no manifestación de nuestra esencia.

¿Cómo podríamos manifestar en el plano material dicha relación ya existente en planos más esenciales? Dicha relación alcanza su cénit con el tercer elemento, que va a ser investigado en este escrito. Este arte, ya que entendemos arte como plasmación material de una idea, es el arte de vivir o el arte de ser, y su lugar estriba entre el hombre y la naturaleza. Hablamos de lo que todos conocemos como la filosofía práctica, la unión mas elevada que puede existir entre el hombre y la naturaleza, el puente que propicia un avance evolutivo interno y una comprensión y transformación de la naturaleza exterior.

La filosofía práctica representa la manifestación en el plano material de nuestra naturaleza más elevada, no es otra cosa que la manera que ha encontrado el hombre de acercarse a la naturaleza manteniéndose fiel a la ley que le gobierna, es decir, manifestando aquello que es esencialmente, permitiéndole estar en sintonía con su constitución y, por ende, transformando no solo su interior, sino el medio que le rodea.





Es la vivencia continuada de la filosofía práctica la que nos hace conscientes, debido a un proceso de autoconocimiento, de nuestra constitución y de las leyes que nos gobiernan, permitiéndonos comprender la similitud entre el hombre y la naturaleza exterior, propiciando en el hombre la experiencia de pertenencia del Todo.

La relación adecuada entre el hombre y la naturaleza pasa por la manifestación constante de la esencia del mismo; es así como podemos alinearnos con la naturaleza y alcanzar el célebre e inexacto concepto de felicidad, que no es otra cosa que la realización ontológica de nuestra especie, la plasmación en el plano material de nuestra naturaleza espiritual. Debemos, pues, como dirían los estoicos, cumplir con aquello que está en nuestra mano, asimilar interiormente una conciencia inclinada al deber y poseer primeramente un respeto por nuestra naturaleza interior.

Muchas veces se habla del respeto a la naturaleza como un fin en sí mismo, obviando que, para que ese respeto exterior emerja, debe florecer en nuestro interior un respeto a nuestra esencia, es decir, una fidelidad a lo que somos. El respeto exterior a la naturaleza será una consecuencia que surgirá necesariamente si nosotros cumplimos con nuestro deber interno, ser.

Es la comprensión la facultad cúspide de la naturaleza del hombre, entendida como la capacidad que nos permite alcanzar las enseñanzas veladas de las circunstancias que nos incumben y dan pie a la evolución del hombre. Diferenciamos la comprensión del entendimiento, siendo la segunda una facultad exclusiva de la mente, teniendo esta nula influencia en nuestra realidad exterior.

La comprensión comparte con el entendimiento un proceso mental, pero, a diferencia de este, obliga al hombre a plasmar esa enseñanza previamente entendida en el mundo material. No se comprende hasta que no se actúa conforme a la idea que se ha entendido.

Dicha facultad representa para nosotros, por lo tanto, el cénit de la naturaleza humana, por el hecho de que la evolución del hombre dependa de la práctica de esta facultad. Es la comprensión de las grandes ideas inegoístas la que nos permitirá experimentarlas en nuestro día a día; implica, por lo tanto, un proceso mental y un acto de voluntad que las materialice. No es posible el cambio interior consciente sin un proceso de comprensión, que implica una interiorización y una vivencia práctica de la nueva idea incorporada.

Actualmente nuestra relación con la naturaleza es complicada, ya que pocas veces solemos estar alineados con ella, obviando aquellos elementos que nos han sido otorgados para poder plasmar lo que estamos llamados a ser. Normalmente son otros elementos los que gobiernan nuestras acciones, limitando y perjudicándonos, a nuestra especie y a la naturaleza en su conjunto.

La filosofía práctica, es decir, las enseñanzas que han sembrado a lo largo de la historia filósofos y maestros religiosos y espirituales, que nos otorgan herramientas y medios para aprender a vivir y tener la posibilidad de tener acceso de manera regular —si el discípulo lo quiere— a experiencias que nos hacen evolucionar, es decir, ser mejores, más virtuosos y más alineados con lo que el hombre está llamado a ser, es el puente entre el hombre y la naturaleza exterior. Nos permite, a través de la vivencia originada en nuestra fuerza de voluntad, el camino del autoconocimiento, la actualización de nuestras potencialidades, la transformación de nuestro entorno y un alineamiento consciente con la naturaleza.

Debemos seguir, por lo tanto, una doble vertiente: un camino interior, donde el respeto a nuestra esencia sea la prioridad a seguir, lo que implica la práctica de la comprensión y la plasmación continuada de nuestra esencia más elevada. Eso nos abocará con necesidad a la vertiente exterior, que se basa en una relación ideal con la naturaleza en su conjunto, ya que, por un lado, estaremos cumpliendo con el deber ontológico del hombre, seremos, lo que nos llevará a un respeto continuado por todos los seres de la





naturaleza; y, por otro, estaremos sumidos en un estado de desarrollo perpetuo, lo que implica un alineamiento con la naturaleza, al estar esta en sus partes y en su conjunto en dicho estado.

¿Por qué debería existir este tipo de relación entre el hombre y la naturaleza? Todos los males —entendiendo mal como aquello que nos impide evolucionar— que nos ocurren en nuestra vida tienen una relación directa con cómo nuestra especie manifiesta en el plano material su esencia. La falta de comprensión y la materialización de aquellos elementos entendidos como inferiores propician en la vida del hombre un retraso a nivel evolutivo, causando un estancamiento de sus potencialidades y un sufrimiento improductivo, debido a que no conlleva un aprendizaje, sino que nos sume en un eterno retorno al punto de partida de la experiencia no comprendida.

Depende del hombre el entablar una estrecha relación consigo mismo, labrar continuamente su campo interno para hacer germinar las mejores semillas que servirán de alimento para las futuras generaciones. Es ese respeto diario a nuestra naturaleza el que nombra Aristóteles en *Ética a Nicómaco* cuando nos habla de la conquista de la *eudaimonia*³: la felicidad del hombre depende de la plasmación de su esencia más elevada, la virtud.

icha virtud es, según el filósofo griego, tan propia del hombre como la del perro el ladrido. Es, por tanto, su esencia la que debe ser manifestada para esculpir el equilibrio interno.

Rudolf Steiner hace una profunda reflexión, en su obra *El cristianismo y los misterios de la Antigüedad*, sobre la concepción griega de la experiencia del *daimon*. Según su

³ Etimológicamente, *eudaimonia* está compuesta por las palabras *eu* (bueno) y *daimon* (espíritu), lo cual no deja de ser curioso, ya que para la cultura griega, si se quería alcanzar dicho estado de equilibrio interno, había que poseer internamente un buen espíritu, es decir, a través del ejercicio de la virtud y de la plasmación de lo más elevado que posee el hombre había que ser capaz de ir despertando nuestro *daimon* interno.

conocimiento, el *daimon* es la potencia espiritual del hombre, que vive aletargada en su interior, es su despertar la que hace poseer al discípulo la famosa *eudaimonia*: «el impulso que obra en él, como una fuerza de progresivo crecimiento y de superación, pugnando por abrirse paso es su elemento demónico».

Continúa afirmando la posición de Heráclito respecto a la naturaleza más íntima del hombre, confesando que «Heráclito hace una rotunda referencia a este hecho al decir: “El *daimon* del hombre es su destino»⁴.

Entendemos destino como lo que no es manifiestamente, pero sí en potencia. El destino del hombre es lo que alberga en su interior y no ha sido despertado, la ley que lo rige y lo confecciona. Es interesante la relación tan estrecha que entablaban los griegos entre la manifestación de la naturaleza más elevada del hombre y la felicidad, es decir, el estado de realización y equilibrio interno.

La concepción del deber kantiano también nos habla de la imperante necesidad de ser fieles a la ley que nos rige; es así como el filósofo alemán nos instruye en el arte de vivir y nos muestra el camino que debería seguir el hombre para poder plasmar lo más elevado que se encuentra en su interior. Kant unifica la naturaleza del hombre con el mundo exterior a través de la responsabilidad o deber, afirmando que «el deber es la necesidad de una acción por respeto a la ley». Es decir, nuestras acciones externas tienen que tener ser un desdoblamiento de los principios que rigen nuestra esencia, el deber es una toma de conciencia de los principios internos del hombre que precipitan acciones, que deben ser un reflejo de nuestra esencia.

La cosmovisión del estoicismo también nos habla de una similitud esencial entre el hombre y el cosmos. Ellos entendían el universo como un gran ser vivo con una característica fundamental, la inteligencia. No una inteligencia como nosotros la entendemos, es decir, de carácter racional, sino una fuerza primigenia ordenadora y de



⁴ El cristianismo y los misterios de la Antigüedad.



carácter armónico, expresada como Logos. Para los estoicos, todos los seres vivos que se manifiestan en dicho universo tienen el telos de desplegar todas las potencialidades características de su especie para hacer florecer ese Logos interno.

La existencia, desde la perspectiva humana, está, por lo tanto, formalmente dividida entre lo desconocido, el misterio, es decir, la naturaleza en su conjunto, y el hombre, ese ser que posee por su momento evolutivo el vehículo mental y la facultad de comprender, es decir, de desvelar paulatinamente lo desconocido, tanto interior como exteriormente, y de llegar al encuentro con las enseñanzas que están veladas en la naturaleza.

Por ello, la comprensión es la condición necesaria para la evolución interna del hombre, la facultad que le permite la práctica consciente de la vivencia y la asimilación de esta en su interior. Es en dicho proceso cuando el hombre comienza a entablar una relación natural con la existencia, canalizando aquello que le hace hombre, siendo y propiciando la evolución de su especie conforme a la ley de la naturaleza.

Bibliografía

Kant, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*.

Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*.

Rudolf Steiner, *El cristianismo y los misterios de la Antigüedad*.

Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.

Imágenes

Atardecer: Bessi en Pixabay

Ojo: zehra soy en Pixabay

Hombre portando luz: Evgeni Tcherkasski en Pixabay

Bustos: Ingi Finnsson en Pixabay

Niña contemplando la magia de la naturaleza: Willgard Krause en Pixabay

Interrogantes: Arek Socha en Pixabay

Atardecer entre los árboles; Mila del Monte en Pixabay

CIENCIA Y FILOSOFÍA



Harry Costin

con la colaboración de M.^a Paz de Benito

Empecemos apuntando qué se considera ciencia y qué filosofía. La primera viene del latín *scientia*, que quiere decir ‘conocimientos’ y, en sentido general, se refiere al conjunto de conocimientos objetivos y sistemáticos comprobables que, habiéndolos estudiado y verificado, explican los fenómenos naturales, así como los artificiales, con la intención implícita de predecir sus comportamientos.

Filosofía por su parte, como la propia palabra indica, es ‘amor a la sabiduría’, lo cual la situaría por encima de la ciencia, pues abarca significativamente más aspectos de la existencia humana y el universo. Intenta comprender, interpretar y entender el mundo y la existencia humana.

La sabiduría es una cualidad que se desarrolla con la aplicación de la inteligencia en la experiencia propia, obteniendo conclusiones que nos otorgan un mayor entendimiento. Este, a su vez, nos capacita para reflexionar, desarrollando más conclusiones que nos llevan al discernimiento de la verdad, lo bueno y lo malo. La sabiduría y la moral se interrelacionan dando como resultado un individuo que actúa con buen juicio. A veces se ha descrito la sabiduría como una forma especialmente bien desarrollada de «sentido común».

Actualmente, la relación entre filosofía y ciencia es semejante a la que podría existir entre un matrimonio divorciado con una hija en común: la epistemología o filosofía de la ciencia, que es una hija gravemente enferma, en medio de una era enamorada de la llamada «inteligencia artificial».

Pero ello no fue siempre así. Como veremos a continuación, en los orígenes de la civilización occidental, la filosofía fue concebida como teoría y praxis, siendo la teoría el saber en su sentido más amplio, abarcando lo divino, lo humano y el conocimiento de las cosas naturales.

Podemos enfocar la relación entre la filosofía y la ciencia desde dos puntos de vista. El primero sería el histórico-descriptivo, es decir, la relación que ha existido entre ambas a lo largo de la historia, especialmente en Occidente; y el segundo, el normativo, es decir, la relación que debería existir entre ambas perspectivas del saber humano.

La Antigüedad clásica grecorromana

En la Antigüedad grecorromana, la filosofía abarcaba las distintas formas del saber y regía los principios de un comportamiento ético. Es decir, se trataba de teoría y de práctica.

Si tomamos en cuenta los escritos de Platón, de Aristóteles, de los presocráticos, de los estoicos y de tantos otros pensadores de la Antigüedad —que abarca un periodo de unos mil años—, descubrimos que la filosofía incluía, entre otras:

- la física o ciencia de la naturaleza
- la psicología o ciencia del alma
- la teología o ciencia de lo divino
- la ontología o ciencia del ser
- la ética o ciencia del comportamiento
- la lógica o reglas del buen razonar
- la retórica o ciencia de la bella expresión hablada
- la dialéctica o ciencia de acceso a lo inteligible
- la epistemología o teoría del conocimiento



La Edad Media

Estas y otras disciplinas fueron luego codificadas en el Medievo a través del *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música), constituyendo las siete artes liberales o artes y ciencias.

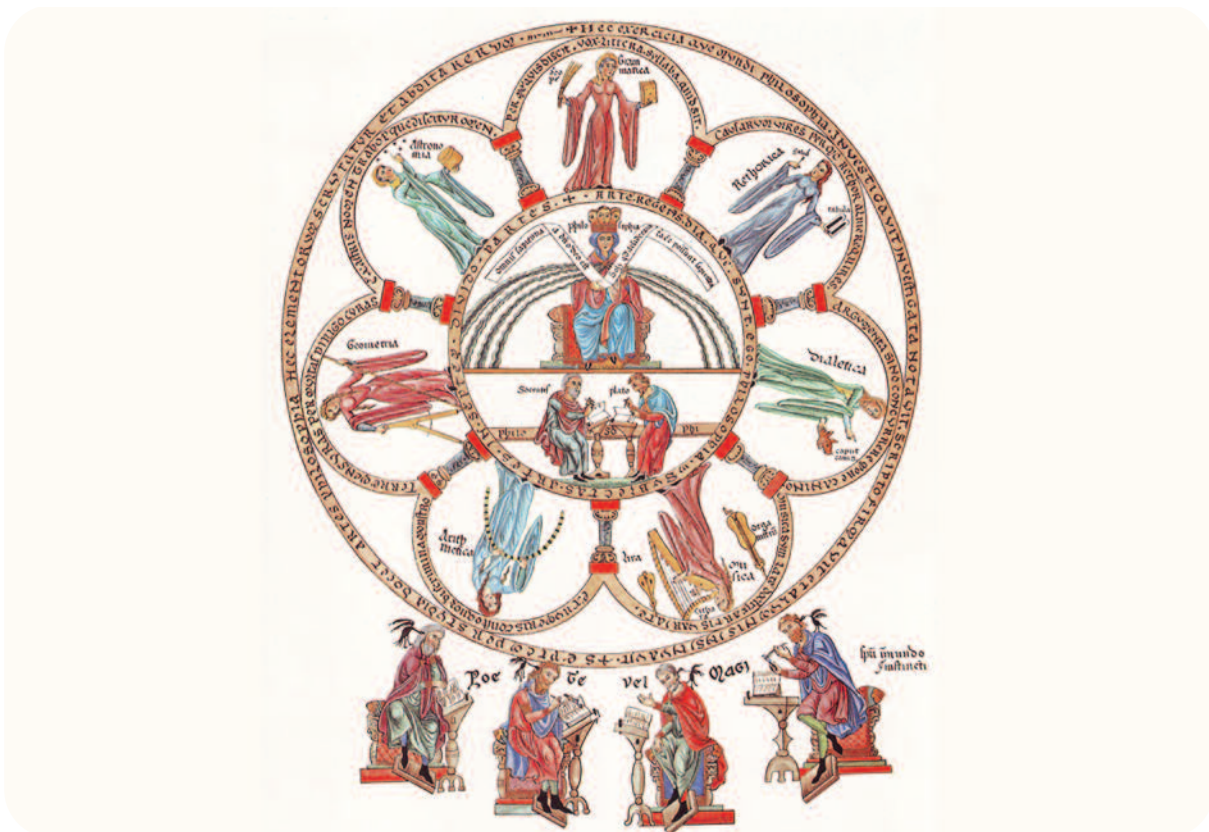
Las artes liberales fueron una parte importante en el currículo de las universidades medievales, organizadas en cuatro facultades: Teología, Filosofía, Derecho y Medicina.

Filosofía y ciencia en el Renacimiento

La relación ideal, y no simplemente «idealizada», entre filosofía y ciencia es la que presenta Rafael, genio renacentista, en una de sus pinturas en la Estancia del Sello del Vaticano. Este complejo emblema pictórico, como vemos en la ilustración, está dividido en dos partes, si trazamos una línea vertical por el centro: la perspectiva divina-metafísica, a la izquierda (desde nuestro punto de observador; derecha desde el punto de vista simbólico) y la humana-natural (a nuestra derecha).

Las figuras centrales, por su parte, simbolizan las perspectivas complementarias, o aspectos de la filosofía y la ciencia, personificados por Platón, con el dedo derecho apuntando hacia los cielos, y llevando bajo el brazo izquierdo su libro *Timeo* en posición vertical; y Aristóteles, con la mano derecha en posición horizontal, señalando hacia el frente, y llevando en la mano izquierda su libro dedicado a la *Ética*, en posición horizontal.

Normalmente, nos fijamos en los distintos filósofos representados, pero olvidamos ver a los dos dioses que, desde sus elevados nichos, rigen la realidad espiritual y la del mundo manifestado, organizado y ordenado: Apolo (a nuestra izquierda) y Atenea (a nuestra derecha).





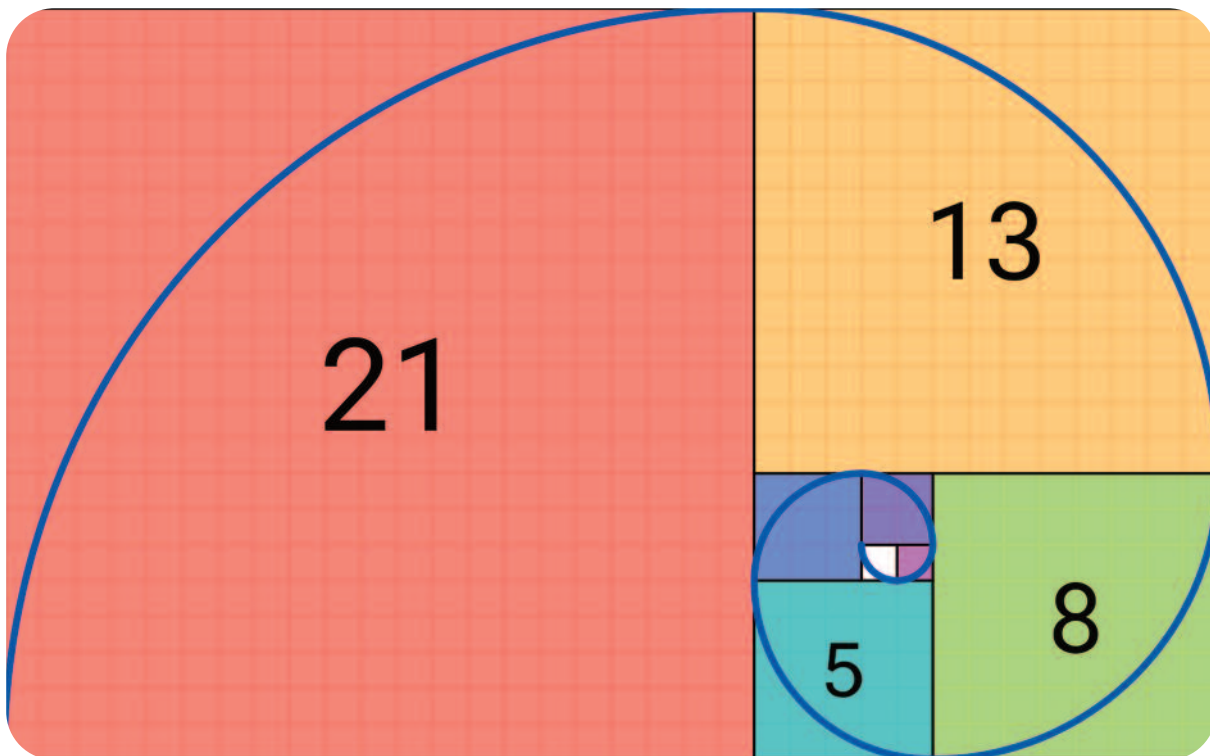
E

n la parte inferior de la gigantesca pintura vemos, en el lado «platónico», a Pitágoras (se reconoce su célebre *Tetraktys* en el libro en el que escribe); y al lado izquierdo a Euclides, gran codificador de la geometría de la Antigüedad, con su compás.

Los neoplatónicos renacentistas, que primero se concentraron en Florencia, pero cuyas ideas irradiaron e iluminaron toda su época —como demuestra el hecho mismo de esta pintura de Rafael—, hicieron un enorme esfuerzo para no solo dejarse deslumbrar por la estética antigua, sino para rescatar el ideal apolíneo de la UNIDAD que trasciende los diversos colores del espectro. Tal vez se inspiraron para ello en el magnífico ejemplo del Panteón de Agripa, templo romano de cúpula semiesférica, en cuyo espacio interior se puede inscribir una esfera completa. Está dedicado a los siete grandes dioses, y su fuente de luz exterior es un único *oculus*, ‘ojo’, que conecta el templo-universo-cosmos con el mundo estelar.

Siguiendo con la pintura que describimos, y apoyándonos en el *Timeo* de Platón, la diferencia y complementariedad existe entre el mundo de los números —o aritmética de Pitágoras— y su primer reflejo, el de la geometría, el mundo de las formas eternas que, en sus relaciones, son los arquetipos de nuestro mundo.

Como ha demostrado Matila Ghyka en sus estudios sobre la proporción áurea, con la caída del mundo grecorromano, estos conocimientos se refugiaron, en Occidente, en los gremios o corporaciones medievales de maestros en diversas artes. De este modo, por ejemplo, esas matemáticas sagradas permitieron la construcción de cientos y cientos de templos, como las catedrales góticas.



Los amplios conocimientos técnicos de los constructores medievales son la evidencia que precedió al descubrimiento o «re-descubrimiento» del cálculo infinitesimal por parte de Leibniz y Newton. Ahora bien, el cálculo, sin duda una magnífica herramienta, ya no trabajaba en el mundo de las proporciones perfectas, como se hacía en el mundo clásico a la búsqueda de los arquetipos, sino que lo hacía en el mundo de las series numéricas que, eso sí, cuanto más alcanzan su «límite», más se acercan al arquetipo.

Es la diferencia que existe entre el número áureo (que es una proporción exacta que se construye a partir de un triángulo rectángulo de lados 1:2, más que un «número irracional») y la serie de Fibonacci.

La serie de Fibonacci se construye a partir del número 1 y un segundo 1 «reflejo» del primero. Luego, se van sumando los dos últimos números de la serie: $1+1=2$, $1+2=3$, $2+3=5$... etc. Es decir, se trata de: 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13... etc., con la curiosa característica de que un número de la serie dividido por el anterior (por ejemplo $13:8$), en el infinito, se acerca a la proporción áurea.

Estas divagaciones sorprenderán a quien crea que, por ejemplo, un círculo es un caso especial de elipse en el que coinciden los dos centros, en lugar de considerar una visión filosófica, la cual diría que el círculo, con su punto en el centro —o la esfera, si lo trasladamos a un mundo tridimensional—, es la figura arquetípica. Por ende, además diría que el proceso de generación cósmica también se refleja o reproduce a nivel humano: el núcleo fertilizado de la célula matriz se dividirá hasta cifras astronómicas, para generar el cuerpo humano. Pero todo surgirá indefectiblemente de un círculo con un punto central.

Hemos presentado lo anterior como ejemplos de especulaciones que podríamos llamar «pitagórico-matemáticas», y que fueron comunes hasta el Renacimiento; y no solo en Europa, sino también en el mundo islámico, cuyas geometrificaciones de extremada

complejidad —como hoy en día han re-descubierto matemáticos de la talla de Escher, por ejemplo— son de clara inspiración pitagórica y neoplatónica, transmitidas a través de los Hermanos de la Pureza (s. X, en el actual Irak).

De Descartes a Kant

Las matemáticas continúan vinculadas a la especulación metafísica durante los principios de la filosofía en la Era Moderna con Descartes. Él aún busca la perfección de un mundo geométrico (el Sol como círculo) frente al caos de los sentidos.

En Kepler encontramos la búsqueda de un puente entre un mundo geométrico perfecto y su reflejo en este mundo. Por una parte, está su modelo de las órbitas planetarias (distancia de los planetas al Sol), apoyándose en los sólidos platónicos (poliedros regulares) e imbricados los unos dentro de los otros (que funciona bien para varios, pero no para todos los planetas del sistema solar).

Por otra parte, tenemos además el uso del cálculo y álgebra para formular sus famosas «tres leyes».

La primera ley habla de órbitas elípticas en el movimiento de los planetas alrededor del Sol. Su segunda ley expresa que las áreas barridas, en un tiempo determinado, por el radio vector son iguales.

Newton continuará trabajando sobre estas tres leyes y el modelo heliocéntrico del sistema solar de Copérnico.

Newton

Newton fue llamado por Isaac Asimov «el mayor científico de la historia». Actualmente, se considera a Newton como prototipo del científico, tal como entendemos la ciencia



hoy. No solo fue un físico experimental en disciplinas como la óptica, sino que introdujo el cálculo (descubrió y formuló el cálculo diferencial al mismo tiempo que Leibniz) y las matemáticas como herramientas principales de la ciencia. En cierto modo, podemos decir que pasamos de la geometría (que Descartes modernizó introduciendo la geometría analítica) al cálculo.

Pero el Newton racional, observador y analítico es solo «medio Newton»; e incluso mucho menos, si tomamos en cuenta el volumen de sus escritos y los temas de los que tratan. Y la cuestión es: ¿qué hacemos entonces con el Newton teólogo, el Newton filósofo?; o peor aún, ¿con el Newton alquimista?

¿Se trata acaso de un personaje medio arcaico con vislumbres de racionalidad futurista? ¿O somos nosotros tal vez los que hemos perdido una visión integrada del mundo, esa que era más platónica que aristotélica? Hemos de considerar que el mismo Aristóteles se «empantanó» en su cadena de causalidad con su concepto de «primer motor inmóvil» —«lo que mueve sin ser movido»—, al no entender el realismo de las Ideas platónicas, a aquellos dioses que el ojo del alma puede ver durante una teofanía...

Baste decir que, al menos hasta Kant, los principales filósofos no solo eran tales, sino que eran también físicos y matemáticos. Además, durante los siglos XVII y XVIII, el conocimiento y la mera posibilidad de poder conocer el mundo se encuentran en el centro de las discusiones filosóficas y científicas, que son por ello epistemológicas.

Ciencia y tecnología

A partir de la Revolución Industrial, el interés se volcará cada vez más en las ciencias aplicadas, en la ingeniería que permite construir mil artilugios. La matemática se pone más bien al servicio de la construcción de puentes cada vez más grandes, en lugar de contemplarse como fuente de cavilaciones filosóficas sobre las causas primeras.





A partir de Newton, y hasta las décadas iniciales del siglo XX, predomina la llamada mecánica clásica. Con ella, y partiendo del conocimiento de los vectores de fuerza sobre una masa cualquiera, podemos predecir el movimiento y anticipar dónde se encontrará un objeto en un momento determinado. Estos conocimientos se emplearán en campos que abarcan desde la balística hasta el envío de naves espaciales capaces de superar la fuerza de la gravedad de la Tierra.

Al mismo tiempo, y especialmente durante el siglo XIX y continuando en el XX, se harán esfuerzos de síntesis para explicar todo lo observable a través de unas pocas leyes formuladas matemáticamente. Se logrará así sintetizar los fenómenos de la electricidad y el magnetismo en unas pocas fórmulas. Y, a principios del siglo XX, Einstein integrará los conceptos de tiempo y espacio a través de su teoría de la relatividad, describiendo y descubriendo nuevos fenómenos estelares, como las ondas gravitacionales, descritas por él mismo, y cuya existencia real ha sido confirmada recientemente.

Pero al mismo tiempo que la relatividad relaciona el tiempo con el espacio, se rompe la unidad anhelada, pues los físicos descubren sorprendentes realidades en el mundo de lo infinitamente pequeño, es decir, de las partículas subatómicas. Se rompe la coherencia del modelo newtoniano, pues a nivel subatómico no es posible predecir simultáneamente la velocidad y la posición de una partícula. Solo podemos estimar la probabilidad de que se encuentre en un espacio dado, con lo cual el análisis probabilístico irá ocupando gradualmente algunos espacios dominados anteriormente por el cálculo.

Sin embargo, lo más interesante es que los descubrimientos de la mecánica cuántica estimulan la reflexión filosófica en físicos como Heisenberg, y en filósofos como Heidegger.



Filosofía, ciencia y ética

A partir de los desastres civilizatorios que supusieron las dos Guerras Mundiales y del uso de los descubrimientos de la física a principios del siglo XX, que se utilizaron para construir artefactos nucleares que se aplicaron sobre poblaciones civiles, la filosofía irrumpe nuevamente en la ciencia contemporánea a través de consideraciones éticas. Científicos que participaron en el Proyecto Manhattan, como Oppenheimer, cuestionan abiertamente el futuro desarrollo de las tecnologías armamentistas, sin poder frenar ni parar al monstruo desencadenado.

Creemos que no nos alejamos demasiado de la verdad al afirmar que lo que sobrevive hoy de las reflexiones filosóficas tradicionales en la ciencia moderna concierne mucho más a la preocupación ética que a las consideraciones epistemológicas. Por no hablar de las, entretanto «difuntas», preguntas ontológicas, hoy relegadas a la filosofía y la teología como asunto «poco científico»...

Para terminar este artículo, refirámonos a la tan moderna inteligencia artificial (AI). Es curioso notar que será en la —ya clásica— literatura de ciencia ficción donde encontraremos las disquisiciones más interesantes, desde un punto de vista filosófico, acerca de la tecnología y de máquinas que se humanizan.

En cuanto a la AI, hoy preocupa más la creación de imágenes, textos, personajes y otros objetos indistinguibles de la «realidad» y sus efectos negativos, que reflexionar sobre lo que es «real» en un mundo digital. Y no es que ello sea malo o innecesario, pero sí es incompleto.

Nuestra preocupación es que nuestros jóvenes científicos son cada vez más tecnólogos y se plantean menos interrogantes respecto al mundo; utilizan todo tipo de programas

informáticos creados por otros para describir, modelar e interpretar una realidad compleja, dejando de buscar el fin y el sentido. Por ejemplo, ¿cuántos científicos, especialmente de ciencias sociales, no confiarán cada vez más en la sorprendente AI, capaz de describir y predecir cada vez más fenómenos, sintetizando infinitos datos y utilizando algoritmos evolutivos, que tal vez dejemos de poder comprender por la cantidad de variables utilizadas?

Pero ¿son estos algoritmos descriptores de cadenas causales, o son simplemente complejas formas de correlaciones? Esta es una cuestión que implica una mínima gota de epistemología y conocimiento de los principios básicos de las estadísticas, los cuales asumen que existe un mundo real definido por una serie de parámetros, que tal vez no podamos abarcar totalmente, pero conocimiento al fin, cuyo grado de veracidad sí podemos aproximar. Es posible que Locke estuviese de acuerdo con este planteamiento.

Terminemos este breve viaje sugiriendo que la filosofía es esencial en la ciencia y que las preguntas éticas deben ser complementadas por cuestionamientos epistemológicos, en un momento en el que el mundo digital y el real empiezan a confundirse.

Imágenes

Edificio con columnas: Markus Spiske en Pixabay

Serie de Fibonacci: Romain, via Wikimedia Commons

Nave espacial: Wikilmages en Pixabay

Tecnología virtual: aoo3771 en 123F

Fila: 3dman_eu, CC0, via Wikimedia Commons





www.revistaesfinge.com